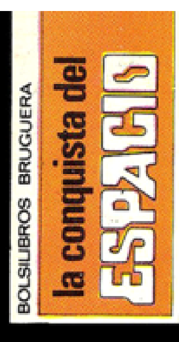


ANTIPLANETA

glenn parrish

CIENCIA FICCION



ANTIPLANETA

glenn parrish

CIENCIA FICCION


LA CONQUISTA
DEL ESPACIO

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCION

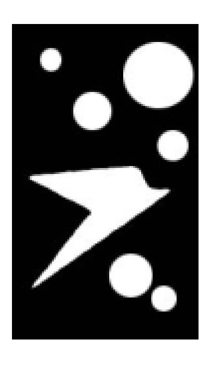
319 — Fase once. — Curtís Garland.

320 — La granja. — Ralph Barby.

321 — Planeta en agonía. — Glenn Parrish.

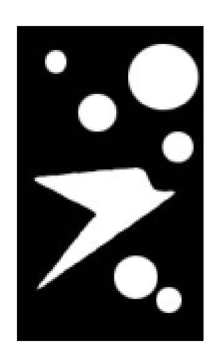
322 — La amenaza múrida. — A. Thorkent.

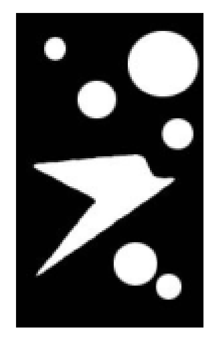
323 — Laruas. — Adam Surray.



GLENN PARRISH

ANTIPLANETA

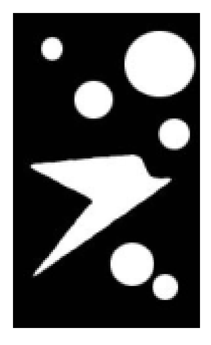


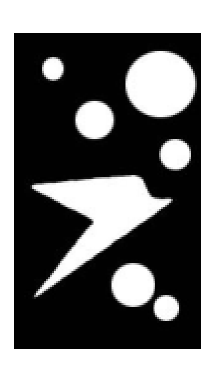


Colección

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.° 324

Publicación semanal





EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

ISBN 84-02-02525-0

Depósito legal: B. 34.244 - 1976

Impreso en España - Printed in Spain

1.a edición: octubre, 1976

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**

Parets del Valles (N-152, Km 21,650) Barcelona - 1976

CAPÍTULO PRIMERO

Cuando las dos personas lo divisaron, Jubal Stuart se hallaba boca abajo, junto a la orilla del arroyo, en un punto donde se remansaban las aguas, lanzando de cuando en cuando alguna piedrecita que rompía la tersura espejeante de la superficie, provocando ondas concéntricas, que se ensanchaban gradualmente, hasta morir en la orilla.

Stuart no se había percatado de la presencia de los recién llegados. Ahora tenía en puntería una libélula que se mantenía en vuelo inmóvil sobre una ramita con semillas. La piedrecita partió, pero erró su blanco, aunque el insecto percibió algún peligro y se alejó rápidamente.

Los recién llegados eran dos: hombre y mujer. Ella era una pelirroja de atractiva silueta y ojos verdosos, vestida con una simple blusa, muy ceñida a su busto prominente, y pantalones cortos, también muy ajustados. Pendiente del hombro izquierdo llevaba un

bolso de mano.

—Sabíamos que estarías aquí, Jubal —dijo Percy Scranton—. Te presento a Emmeline Duke. Puedes llamarle Emma o Emmy, como gustes.

—Emma —dijo la pelirroja, con el índice entre los dientes, en un gesto harto insinuante—. Emmy parece nombre de mujer de un minero galés.

Stuart la contempló críticamente de arriba abajo, sin cambiar de postura apenas. Seguía tumbado, pero ahora tenía la cabeza apoyada en la mano derecha y el codo en la hierba.

—Aquí no estamos en Gales —dijo.

—Lo sé, pero mi tía se llamaba Emmy, vivía en Gales y estaba casada con un minero —respondió la pelirroja desenvueltamente—. Bien, Percy, ¿por qué no se lo cuentas ya?

—Percy, adivino que vienes a pedirme un favor..., cierta clase de favor —dijo Stuart—. La respuesta anticipada es no.

—Pero, Jubal... —respingó Scranton.

—Estoy cansado, palabra. Lamento tener que dar esta respuesta a un buen amigo, pero es así. Lo siento por usted, Emma.

La pelirroja se dejó caer de rodillas junto a Stuart y le miró incitantemente.

—Puede ganar mucho y no dinero precisamente y hoy mismo, si lo desea —declaró con ardiente mirada.

—Jubal, ella es la secretaria personal de Melissa Vanroot —añadió Scranton—. Supongo que conocerás ese nombre.

Por primera vez, el moreno rostro de Stuart demostró cierto interés.

—Melissa Vanroot —repitió.

—La misma.

—Hija de Douglas Jalley y viuda de Peter Vanroot.

—Exacto —corroboró Emma.

—Jalley y Vanroot murieron en accidente...

—Asesinados —puntualizó Scranton—. Melissa hizo indagaciones por su cuenta, mejor dicho, las encomendó a una competente agencia de detectives y llegó a saber que no había sido accidente, aunque, desde luego, estuvo muy bien tramado y no hay pruebas del crimen.

—Si no existen esas pruebas, no puede haber acusación —dijo Stuart.

—Melissa ha renunciado a ello. Lo que no quiere hacer es renunciar a Edén II.

Stuart se sentó en el suelo.

—Has dicho Edén II —exclamó.

—Sí, Jalley y Vanroot, padre y esposo, respectivamente, descubrieron ese planeta, encontraron sus coordenadas espaciales y solicitaron se les atribuyese en propiedad, cosa que les fue concedida por el Registro de Mundos y Propiedades Extraterrestres. Al cabo de un par de años, murieron los dos y Melissa quedó sola en Edén II. Eso. pasó hace diez años. Ahora, se ha presentado una demanda de propiedad ilegal contra ella. Si no la ayudan, perderá su propiedad.

—Pero ¿no habíamos quedado en que la documentación estaba en regla?

—La que guarda Melissa, sí; pero la que debiera estar en el Registro, ha desaparecido. Ni siquiera aparece la inscripción en el libro correspondiente,

—Entonces, la señora Vanroot está en un lugar que no le pertenece.

—La duda de los tribunales estriba en que ella ha presentado unos documentos legales —terció la pelirroja—. Pero, de inmediato, el demandante alegó que eran falsos. Y ahora se está en el período de pruebas periciales. Cuando se termine, el juez dictará sentencia, que será elevada o no al UTA.

—Ultimo Tribunal de Apelación —musitó Stuart—. ¿Quién es el demandante?

Scranton soltó una risita.

—Es divertido —contestó—. Se llama Bill Brown.

—Puede no ser un nombre falso —dijo Stuart.

—No es un nombre falso. Pero sabemos, aunque no lo podamos probar, que actúa bajo las órdenes de un poderoso grupo financiero, seguramente, el mismo que ordenó los asesinatos de Jalley y Vanroot. La cabeza visible es Rick Bixby, pero eso es todo lo que ha podido llegar a saber Melissa. Bixby es el abogado del grupo, con plenos poderes, lo que excluye la identificación de sus clientes.

—Salvo el de Bill Brown —dijo Stuart.

—En efecto.

Emma sonrió provocativamente.

—Debiera enterarse de la recompensa que le ofrece la señora Vanroot —dijo.

—Es muy interesante, Jubal —añadió Scranton—. En Edén II hay una comarca a la que ella ha denominado Wonder Valley. Son sesenta kilómetros de largo por cuarenta y tantos de anchura. Será para ti si desempeñas la misión satisfactoriamente.

—Aparte de que la señora Vanroot me ha pedido que quede a su entera disposición a partir de este momento, cosa que me resulta muy agradable —manifestó la pelirroja, mirando ardientemente a Stuart.

—Esto no será una broma, Percy —dijo Stuart.

Scranton sonrió.

—Yo me marcho —declaró—. Llámame por videófono cuando hayas tomado una decisión. Enviaré un espaciograma a la señora Vanroot.

Stuart y Emma quedaron solos. Ella se tendió en el suelo y puso las manos bajo la cabeza.

—Jubal, éste es un lugar maravilloso, pero no se puede comparar siquiera con Edén II —dijo.

—¿Has estado allí, Emma?

—Sí, unos cuantos meses, haciendo compañía a Melissa. Ella fue la que me enseñó Wonder Valley. Créeme, merece el nombre.

—Valle Maravilloso —tradujo Stuart—. Pero si es un lugar tan hermoso, ella perderá...

—A Melissa le gusta más vivir a orillas del Gran Lago de Plata, en los acantilados del lado Norte.

—Y ahora se habrá quedado sola…

—No está sola, pero ¿por qué no hablamos un poco más de nosotros mismos? —sugirió Emma—. Conozco algo de tu fama, pero hasta ahora, lo confieso, no había tenido ocasión de verte en persona.

Stuart sonrió, a la vez que se inclinaba hacia ella.

—Emma, hay momentos en que las palabras sobran —dijo.

Ella emitió un hondo suspiro y le puso los brazos en torno al cuello.

—Sí, señor, en estos momentos, sobran las palabras. —Y, de súbito, tiró del hombre y le ofreció los labios rojos y cálidos.

* * *

Emma arrimó la sartén al fuego y se dispuso a enharinar las truchas que tenía en un plato.

—No te he visto pescar, Jubal —dijo—. ¿De dónde las has sacado?

Stuart soltó una maldición. Emma se volvió y le miró

a través de la puerta de la cocina. Stuart se hallaba junto al videófono.

—¿Qué te ocurre? —preguntó.

—Este condenado Parks —rezongó él, mientras presionaba las teclas del aparato.

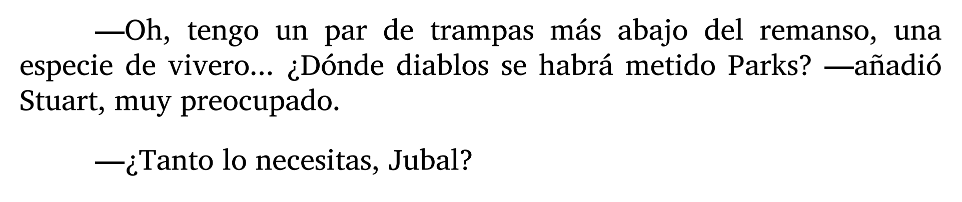
Al cabo de unos momentos de infructuosos esfuerzos, se levantó.

—No encuentro a Parks —dijo.

—¿Quién es, Jubal? —gritó ella, para hacerse oír por encima del ruido dg las truchas, que ya se freían en la sartén.

—Mi ayudante. Habíamos quedado en tomarnos unas vacaciones, pero no tengo la menor idea de dónde pueda estar ahora —contestó él—. Oye, ¿qué decías antes de las truchas?

—Que no te he visto pescarlas…



—Oh, tengo un par de trampas más abajo del remanso, una especie de vivero... ¿Dónde diablos se habrá metido Parks? —añadió Stuart, muy preocupado.

—¿Tanto lo necesitas, Jubal?

—Pues... en ocasiones me resulta muy útil... Emma, ¿cómo acabaste siendo secretaria de Melissa?

—Yo era hija del contable de su padre. Melissa me llamó hace algún tiempo, al quedarse sola. Jubal, puede que te parezca despreocupada y frívola, pero Edén II me gusta muchísimo.

Las truchas estaban ya fritas. Stuart contempló a la joven, que vestía de la misma manera, aunque con un delantal de cocina.

—Anda, siéntate —dijo Emma.

Stuart obedeció. Momentos después, la pelirroja se quitaba el delantal y se sentaba frente a él, sonriéndole atractivamente.

—Bien, espero que no hayas quedado descontento de Melissa —dijo.

—¿Eres tú Melissa? —preguntó él, maliciosamente.

Emma soltó una alegre carcajada.

—Ella sólo me dijo que procurase convencerte —contestó.

—¿A cualquier precio?

—La quiero mucho. Y tú eres un tipo muy atractivo.

—Lo cual significa que, si fuese un hombre feo...

Emma suspiró.

—No sé lo que hubiera pasado entonces —contestó—. Lo único cierto es que no eres feo, sino muy atractivo y... —entornó los ojos—, terriblemente varonil.

—Gracias, preciosa. Tú también eres... exquisitamente femenina.

Ella se ruborizó.

—Jubal, no vayas a creerte que soy una chica... sin moral. Me gustaste desde el primer momento, eso es todo.

—Ya, el flechazo.

—Algo por el estilo. ¿Quieres otra trucha?

—Gracias, eres una excelente cocinera.

—Jubal, ¿por qué vives aquí, cuando no trabajas?

—Está muy apartado de la civilización, ¿no crees?

—Sí, aislado, silencioso y tranquilo. Pero ¡vivir solo!

—Ahora estás tú, guapa.

—Mi estancia no durará mucho —suspiró Emma—. Mañana mismo te pondrás en campaña...

Miró a través de la ventana abierta.

—Me gustaría quedarme aquí una temporada, pero no puede ser —añadió.

—¿Por qué?

—He de volver a Edén II, aunque no me iré sin buenas noticias para Melissa.

—No será fácil conseguirlas —dijo Stuart.

De pronto, Emma lanzó una exclamación:

—¡Eh! ¿Qué es eso que se mueve ahí fuera?

Emma se levantó impulsivamente y corrió hacia la ventana. Movido por un oscuro instinto, Stuart gritó:

—¡Quieta! ¡Vuelve!

Pero ya era tarde.

Emma se había situado frente a la ventana, abierta de par en par, debido a la excelente temperatura ambiental. En el mismo instante, Stuart oyó un leve resoplido,. seguido de una especie de «chap» y de otro espeluznante sonido, semejante al segundo, pero más intenso.

En el pecho de Emma apareció un rojo agujero, que se convirtió instantáneamente en una horrenda explosión de sangre en su espalda. Trozos de su blusa volaron por los aires, junto con jirones de carne y astillas de hueso de su columna vertebral.

La joven apenas si tuvo tiempo de gritar: fulminada por el

disparo, giró en redondo y se desplomó al suelo, derramando ríos de sangre por las mortales heridas.

Casi en él mismo instante, se oyó un fuerte grito en el exterior:

—¡Alto! ¡Párate, maldito! ¡Párate, te digo!

Sonó una horrible interjección. Luego, un horripilante alarido. Unos ramajes crujieron con fuerza.

—Tú te lo has buscado, idiota —dijo la misma voz, a veinte pasos de la casa—. ¡Eh, Jubal, no te alarmes, soy yo!

Stuart saltó de la silla. Hasta entonces, paralizado por la sorpresa, había permanecido como petrificado.

—¡Donald! ¿De dónde diablos sales? —exclamó—. He estado buscándote toda la tarde…

—Me aburría y… —El rostro de un hombre se asomó por la ventana, con la barbilla a ras del antepecho—. De modo que me buscabas, ¿eh? ¡Diablos! ¿Qué le ha pasado a esta chica?

Stuart se arrodilló junto a Emma y le dio la vuelta. Los ojos de la hermosa pelirroja miraban al techo, sin que sus retinas captaran ya ninguna imagen.

—La han matado, Donald —dijo sombríamente.

Donald Parks emitió un juramento a media voz.

—El asesino está siendo interrogado en estos momentos por Satanás —manifestó—. Pero seguro que te buscaban a ti, Jubal.

—No es seguro —contradijo—. ¿Sabes qué clase de arma han empleado?

—Sí, la pistola de proyectiles barrenadores. Basta ver la herida para darse cuenta en el acto.

—Donald, has dicho que el asesino ha muerto también.

—En efecto, Jubal.

—Regístralo, a ver qué le encuentras. Vuelve pronto.

—De acuerdo.

CAPÍTULO II

Con la ayuda de un cuchillo, Stuart extrajo de la pared el proyectil que había causado la muerte de la hermosa pelirroja. El proyectil medía unos quince milímetros de diámetro y estaba dotado de unas aletas helicoidales, apenas salientes, pero causaban horribles heridas durante su fulgurante trayectoria en el interior de un cuerpo humano. Cuando estaba examinando la bala, entró su ayudante.

Donald Parks era un sujeto de unos treinta y seis años, no bajo ciertamente, aunque lo parecía, debido a la colosal anchura de sus hombros y a la poca usual longitud de unos brazos, tan recios como troncos de olivo y con una potencia física indescriptible. El rostro de Parks parecía trazado a puñetazos y sus cejas, espesísimas, parecían una ancha línea negra en una frente estrecha y deprimida.

Sin embargo, y pese a su apariencia, no era un tipo torpe, en el que sólo se pudiera confiar por su fuerza bruta. Parks poseía una inteligencia superior a la normal y, sobre todo, era leal.

En las manos traía lo que parecía una escopeta de cañón muy corto y de boca relativamente ancha. El arma disponía de un cargador de diez proyectiles, de los que uno había sido usado con mortífero éxito. Parks traía, además, un puñado de billetes en la mano.

—Cinco mil áureos —declaró, al dejarlos sobre la mesa.

—No es mala paga por un crimen —convino Stuart—. ¿Has encontrado algo más?

—No, ni siquiera documentos de identificación. ¿Tienes cámara aquí?

—Sí.

—Le tomaré una fotografía. Tengo verdadero interés por saber su identidad, ya que me resulta completamente desconocido. Jubal, ¿qué vas a hacer con ella?

Stuart lanzó una mirada al cuerpo que yacía en el suelo, bajo una manta.

—La enterraremos aquí mismo —contestó—. Creo que a ella le gustaría.

—¿Era guapa? Bueno, ésa es una pregunta estúpida… Lo que quería decir es: ¿Por qué la han asesinado?

—Por un planeta, Donald. ¿Has oído hablar alguna vez de Edén II?

—Vagamente, Jubal. ¿Qué hay allí?

—Luego te lo explicaré. Ahora, cuéntame, ¿cómo has aparecido tan oportunamente?

—Bien… me aburría… No puedo estar inactivo. Alguien me habló de un asunto interesante y venía, a ver si lo aceptabas. Pero puesto que parece que ya tienes otra cosa entre manos, lo dejaremos de lado.

—Sí, Edén II nos interesa más. ¿Sabes?, es probable que me establezca allí. La propietaria de ese planeta está en dificultades y si las resolvemos satisfactoriamente, me regalará unos dos mil quinientos kilómetros cuadrados de terreno.

Parks lanzó un silbido.

—Te convertirás en un señor feudal —dijo.

Stuart meneó la cabeza.

—No lo hago por la recompensa, aunque no la desdeñe —contestó—. Lo hago por una mujer llamada Melissa Vanroot.

Las cejas de Parks subieron un par de centímetros en su frente.

—No sabía que la conocieras —exclamó.

—Esa es otra historia —repuso Stuart—. Pero, además, voy a entrar en este asunto, porque tengo que cavar una sepultura en mi propio jardín.

—Dos —le recordó Parks.

—No. La cascada está sólo a dos kilómetros de este lugar. Arrojaremos al agua el cadáver del asesino. Otros se encargarán de enterrarlo. Anda, vamos, Donald; mientras cavamos la sepultura, te diré lo que debes hacer mañana. Yo me entrevistaré con Bixby, el abogado, y tú me contarás a la tarde lo que hayas averiguado de Bill Brown.

—¿Quién es Brown? —preguntó Parks.

—El hombre que desea ser declarado propietario de Edén II. Bixby es su abogado.

* * *

Rick Bixby, alto, elegante, de gestos afectados y sonrisa irónica, juntó las yemas de sus dedos, mientras contemplaba a su visitante.

—De modo que ahora se dedica a representar hermosas viudas en peligro —dijo, burlón.

—Por lo que yo sé, la señora Vanroot está en peligro de perder algo que le pertenece legalmente —contestó Stuart.

—Sobre eso, hay mucho que hablar, amigo mío. Ella dice ser propietaria de Edén II, pero no hay ninguna inscripción en el registro. Ese libro está completamente en blanco con respecto al planeta.

—Ella tiene los documentos que se le expidieron en su día.

—Falsos —dijo el abogado.

—¿Cómo lo sabe usted? ¿Acaso los ha visto?

—Mi querido amigo, si no aparece una inscripción de propiedad en un libro, cualquier documento que se presente al respecto, no puede ser sino falso.

—Lo cual según usted, significa que la propiedad de Edén II será atribuida a su cliente.

—En cuanto se reúna el UTA.

—¿Y por qué no se ha reunido ya?

—Stuart, usted puede ser buen investigador, pero mal leguleyo. La discusión sobre la propiedad de un planeta no tiene el mismo alcance que la discusión sobre mil metros cuadrados de terreno. Se necesita una documentación ingente y esto es lo que están haciendo ahora los alguaciles del UTA.

—Si se necesitan tantos documentos, es que el asunto no está tan claro como parece. Por lo que yo tengo entendido, Jalley y Vanroot descubrieron el planeta, establecieron sus coordenadas espaciales, lo registraron y les fue atribuida su propiedad, sin más.

—Oh, sí, claro, así fue como sucedió. Pero ¿qué pasó antes? Tuvieron que organizar una expedición solicitar autorización, rellenar decenas de impresos… Hace quince años solamente, los viajes interestelares necesitaban una multitud de requisitos que hoy día han sido ya suprimidos. El tribunal necesita saber si Jalley y Vanroot realizaron efectivamente ese viaje y si el planeta que descubrieron y, por decirlo así, «demarcaron», es el mismo que ahora es objeto de litigio: Resulta dudoso admitir la teoría de la señora Vanroot, cuando no existe la menor inscripción en el libro de registro. ¡Es tan fácil falsificar unos documentos!

Stuart se puso en pie.

—¡Resulta tan fácil asesinar a dos personas y presentar su muerte como un accidente! —dijo, remedando el tono de su interlocutor—. Señor Bixby, ¿a qué poderoso grupo representa usted?

La pálida cara del abogado enrojeció un tanto.

—Sólo represento a mi cliente, William Brown —contestó secamente.

—Ah, sí, Bill Brown, el hombre de paja —sonrió Stuart—. Pero ¿detrás de ese nombre no se ocultan otros mucho menos corrientes y más poderosos? Por ejemplo, Harald Hunkvora y Cario Vratt. ¿Eh?

—Hemos terminado —dijo Bixby.

—No, no hemos terminado aún. Acabamos de empezar… ustedes han comenzado, en realidad, asesinando a una hermosa muchacha que sólo tenía la culpa de ser la secretaria personal de la señora Vanroot. Bien, esto casi parece una guerra, pero, por si no lo sabía, le diré que el asesino de esa chica, ya se ha ido al infierno. ¡Buenos días!

Bixby tenía la boca abierta. Todavía tardó algunos segundos en cerrarla, pero su visitante se había marchado ya.

* * *

Donald Parks se reunió con su jefe en el piso que éste tenía en la capital.

—He hablado con Brown —dijo.

—¿Y...?

—Se ha mostrado muy reticente, cosa que ya me imaginaba. No ha querido admitir nada en concreto, aunque yo, por otra parte, he averiguado algo muy interesante.

—A ver, habla.

—Hace cuatro años, Brown hizo un viaje a Edén II, aparentemente, como turista. Debió de gastarse casi todos sus ahorros, si es que los tenía, porque lo cierto es que a Edén II no va mucha gente. No sé qué hizo ni cuánto tiempo estuvo allí, aunque sí he conseguido hablar con el piloto que lo llevó, un borrachín llamado Ted Hannock. El piloto me ha dicho que Brown estuvo en un lugar llamado la Gran Catedral...

—Un momento —dijo Stuart—. Si Hannock llevó a Brown a Edén II, ¿cómo es posible que no sepa el tiempo que su cliente permaneció en aquel planeta?

—Bueno, Hannock lo llevó, pero no lo trajo. Brown lo despidió apenas llegado al planeta y no sabe cómo se las ingenió para regresar a la Tierra. No vendría a pie, supongo.

—Está bien, continúa.

—Ahora viene lo bueno, Jubal. Bill Brown era el funcionario del registro, cuando Jalley y Vanroot descubrieron Edén II.

—Rayos —dijo Stuart.

—No ha querido admitir nada, pero estoy seguro de que hizo trampa en la inscripción. Y, francamente, no podía romperle un par de costillas sólo porque se negase a contestarme.

—Eso es muy interesante, Donald. Tienes la dirección de Brown, supongo.

—Sí, claro. —Parks sacó un trozo de papel y se lo entregó a su amigo—. Ahí está —añadió.

—Muy bien, yo iré a hablar con Brown en persona. Tú tienes que hacer otra cosa.

—¿De qué se trata, Jubal?

—El asesino de Emma Duke. Con las fotografías que obtuvimos de su rostro, puedes investigar para identificarlo. Esto quizá nos dé más pistas.

—De acuerdo. ¿Cuándo piensas ir a ver a Brown?

Stuart consultó su reloj.

—Ahora mismo —respondió—. Nos reuniremos a medianoche en el Star's Trail.

Parks se encaminó hacia la puerta.

—O. K. —dijo, mientras Stuart empezaba a cambiarse de ropa.

* * *

Volando sobre la ciudad, con su propulsor individual, Stuart consultó el papel con la dirección de Brown. Era curioso, se dijo, que Brown hubiera sido el encargado del registro en la época en que fue descubierto el Edén II. Tal vez, pensó, Brown había falsificado la inscripción o...

¿Qué diablos había hecho con el libro? ¿Cómo era posible que no figurase una anotación solicitada por dos hombres de tanto prestigio como Jalley y Vanroot?

El viaje dé Brown a Edén II resultaba asimismo inexplicable. Sería cosa de hablar con Hannock, el piloto. Pero si Brown lo había despedido a su llegada al planeta, ¿quién lo haba traído de vuelta a la Tierra?

¿Qué era aquel lugar llamado la Gran Catedral?

Brown le daría las explicaciones que necesitaba, pensó. Tenía medios para conseguirlo, sin recurrir a la violencia.

Al cabo de un rato, perdió altura. No tardó en poner los pies en la terraza del edificio en donde vivía Brown.

El propulsor individual quedó en el lugar destinado a ello. Había muchos aparatos similares, sin duda pertenecientes a habitantes del edificio. Tras ajustarse mecánicamente la ropa, se dirigió hacia el ascensor.

Momentos después, salía en el corredor de la planta número setenta y dos. Brown vivía en el departamento señalado con las letras XF.

El edificio era una colmena. Stuart no hubiese vivido allí aunque le hubiesen pagado su peso en oro. Era una construcción destinada a empleados y gentes de medio pelo si bien era preciso reconocer cierta elegancia de líneas y las comodidades de que disfrutaban todos sus ocupantes.

Llegó ante la puerta del departamento de Brown y tocó el pulsador. Nadie contestó a la llamada.

—Habrá salido —se dijo.

De pronto, se le ocurrió tantear el pomo. La puerta no estaba cerrada con llave.

Asomó la cabeza.

—Señor Brown...

Stuart se interrumpió en el acto. Delante de él, aunque de espaldas a la puerta, había una mujer, completamente inmóvil, como si fuese una estatua. Stuart supo bien pronto a qué se debía aquella inmovilidad.

Ella estaba parada delante de un cuerpo tendido en el centro de la sala. No se veía ninguna señal de violencia en el cuerpo de Brown, pero saltaba a la vista que estaba muerto.

Stuart dio un par de pasos hacia delante.

—Menos mal que he llegado a tiempo para detener a una asesina —exclamó.

Entonces, la mujer se volvió y le dirigió una profunda mirada.

—¿Cree que yo sería capaz de matar a mi propio padre? —dijo. Y, apenas pronunciadas tales palabras, cerró los ojos y dobló las

rodillas.

Stuart apenas si tuvo tiempo de detener la caída de la mujer con sus brazos.

CAPÍTULO III

Aunque seguía desmayada, Stuart creyó reconocer el bello rostro de aquella joven, de pelo negro y silueta escultural, que ahora yacía sobre una cama. Pero no acababa de recordar dónde la había visto antes.

Stuart pensó que lo mejor era dejar que ella se recobrase por sí misma. Volvió a la sala y se arrodilló junto al cuerpo de Brown.

En pocos segundos, supo la causa de su muerte. Claramente se veía, en el centro de su pecho, un orificio negruzco, del diámetro de un lápiz corriente.

—Proyectil electrocutante —murmuró.

La descarga había paralizado instantáneamente el corazón de Brown. Posiblemente, ni siquiera había tenido tiempo de gritar.

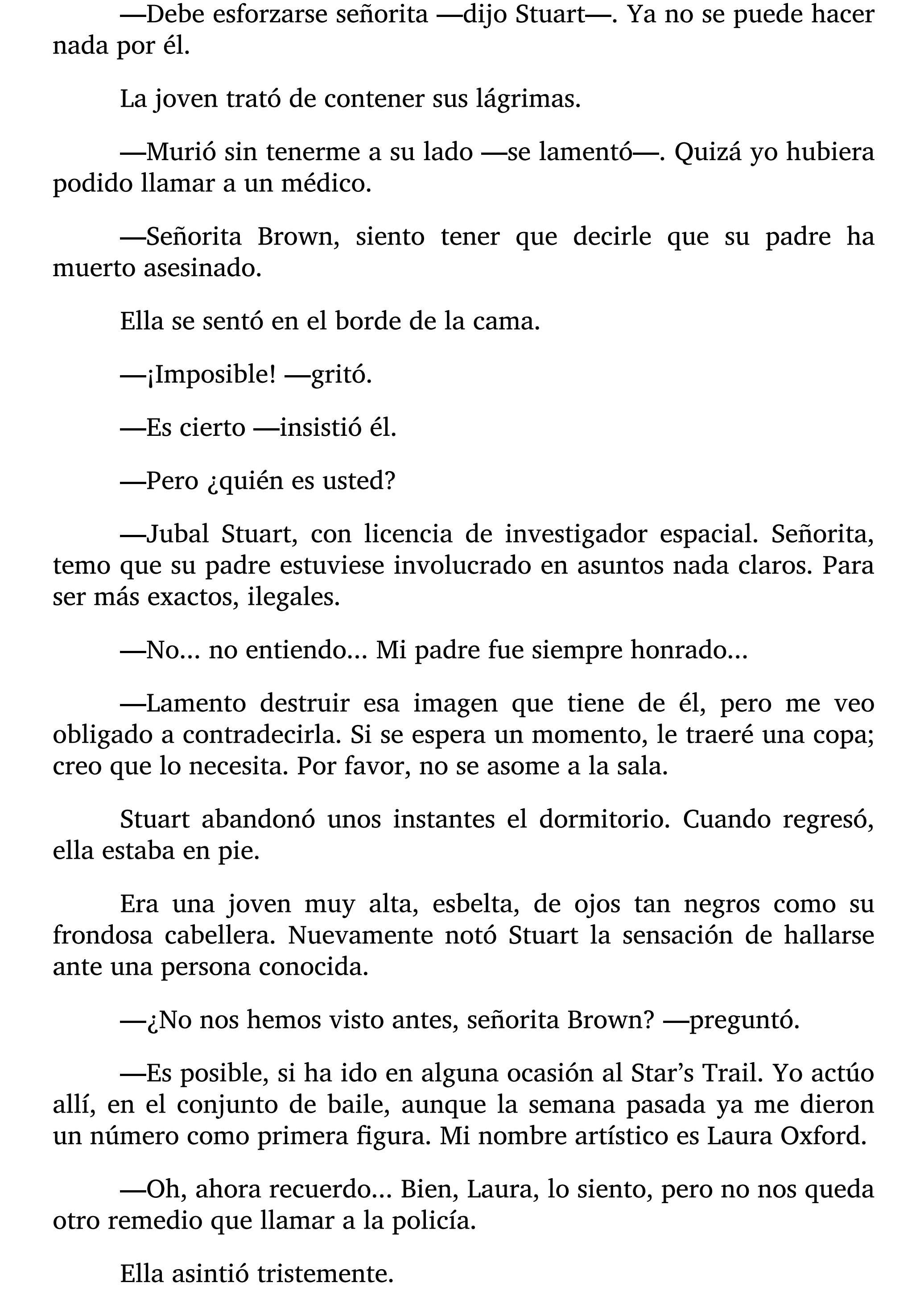
Stuart no se preguntó siquiera quién había cometido el crimen, sino los motivos. El asesino, como en el caso de Emma, había sido un profesional.

Lo cual significaba que había intereses poderosísimos en aquel asunto. Ahora bien, Brown era el demandante de la propiedad de Edén II. Si había muerto, ello quería decir que sus «servicios» no eran ya necesarios.

Pero, entonces, ¿quién iba a ocupar su puesto ante el UTA?

De pronto, oyó un gemido en el dormitorio y echó a correr.

La hija de Brown había despertado y aparecía apoyada sobre un



codo.

—Mi padre…

—Debe esforzarse señorita —dijo Stuart—. Ya no se puede hacer nada por él.

La joven trató de contener sus lágrimas.

—Murió sin tenerme a su lado —se lamentó—. Quizá yo hubiera podido llamar a un médico.

—Señorita Brown, siento tener que decirle que su padre ha muerto asesinado.

Ella se sentó en el borde de la cama.

—¡Imposible! —gritó.

—Es cierto —insistió él.

—Pero ¿quién es usted?

—Jubal Stuart, con licencia de investigador espacial. Señorita, temo que su padre estuviese involucrado en asuntos nada claros. Para ser más exactos, ilegales.

—No… no entiendo… Mi padre fue siempre honrado…

—Lamento destruir esa imagen que tiene de él, pero me veo obligado a contradecirla. Si se espera un momento, le traeré una copa; creo que lo necesita. Por favor, no se asome a la sala.

Stuart abandonó unos instantes el dormitorio. Cuando regresó, ella estaba en pie.

Era una joven muy alta, esbelta, de ojos tan negros como su frondosa cabellera. Nuevamente notó Stuart la sensación de hallarse ante una persona conocida.

—¿No nos hemos visto antes, señorita Brown? —preguntó.

—Es posible, si ha ido en alguna ocasión al Star’s Trail. Yo actúo allí, en el conjunto de baile, aunque la semana pasada ya me dieron un número como primera figura. Mi nombre artístico es Laura Oxford.

—Oh, ahora recuerdo… Bien, Laura, lo siento, pero no nos queda otro remedio que llamar a la policía.

Ella asintió tristemente.

—No acabo de comprender por qué ha muerto mi padre —dijo —. Nunca hizo mal a nadie, aunque usted cree que estaba metido en asuntos turbios...

—Desgraciadamente, así era, pero no puedo ser más explícito por el momento. Usted no vive en esta casa, ¿verdad?

—Mi padre y yo estábamos distanciados un tanto. A él no le gustaba mi trabajo. Pero yo estaba cansada de una vida mediocre, ¿comprende?

—Sí, desde luego. Continúe aquí, Laura; voy a llamar a la policía.

* * *

Stuart se reunió con su ayudante en el Star's Trail, a la hora acordada.

—Brown ha muerto —dijo.

Parks respingó.

—Asesinado, me imagino.

—Sí. ¿Qué has averiguado, Donald?

—El asesino de Emma se llamaba Tuck Cari. Mi informador dice que pertenecía a la sociedad All Services.

—«Todos los Servicios», ¿eh?

—Asesinatos pagados, ésta es la verdad, aunque se oculten bajo la apariencia de una empresa de investigaciones. ¿Conoces al director?

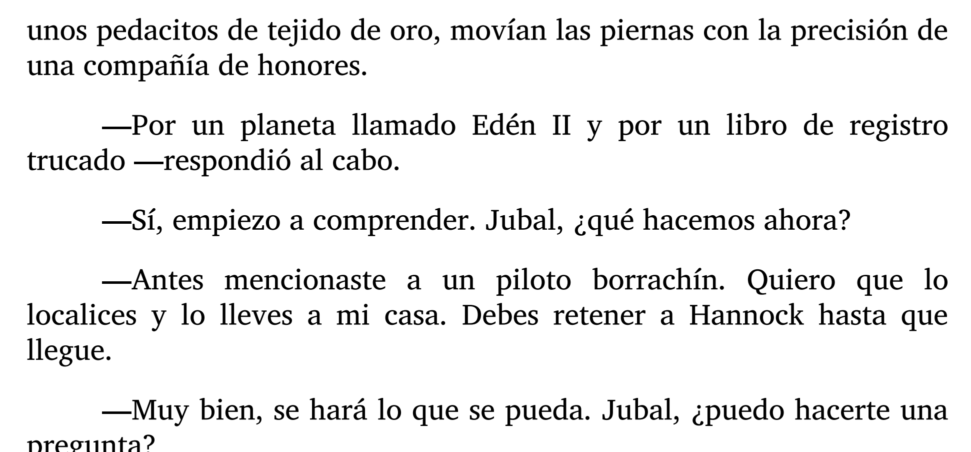
—Es directora, Donald, y se llama Zena Moore.

—Eso no lo sabía yo. ¿Crees que Brown ha muerto a manos de algún «empleado» de la AS?

—Seguro.

—¿Por qué?

Stuart tomó un sorbo de la copa que acababan de pedirle. En el enorme escenario del local, treinta chicas, vestidas solamente con


unos pedacitos de tejido de oro, movían las piernas con la precisión de una compañía de honores.

—Por un planeta llamado Edén II y por un libro de registro trucado —respondió al cabo.

—Sí, empiezo a comprender. Jubal, ¿qué hacemos ahora?

—Antes mencionaste a un piloto borrachín. Quiero que lo localices y lo lleves a mi casa. Debes retener a Hannock hasta que llegue.

—Muy bien, se hará lo que se pueda. Jubal, ¿puedo hacerte una pregunta?

—Sí, claro.

—Tú pensabas tomarte unas largas vacaciones, pero Emma te persuadió de aceptar el caso, cosa que has hecho, y no sólo por sus encantos. ¿Se trata de Melissa Vanroot?

Stuart asintió.

—Hubo un tiempo en que estuve enamorado de ella —contestó.

—Pero no te aceptó.

—Prefirió a Peter Vanroot. No se le puede reprochar nada, me parece.

—Claro. —Parks palmeó la espalda de su amigo—. ¿Qué harás ahora?

—Quizá encuentre a Zena Moore todavía levantada. Le gusta mucho trasnochar —respondió Stuart.

* * *

—Todo marcha bien, señor Hunkvora —dijo la mujer—. Mañana, volveré a llamarle y le daré el nombre del nuevo demandante... Sí, eso es, muchas gracias.

Zena Moore cortó la comunicación en el videófono y se bajó el cierre relámpago de su traje de una sola pieza, que quedó instantes después en el suelo. Vestida solamente con sujetador y pantaloncitos,

se dirigió al cuarto de baño, pero, de pronto, al pasar junto a un sillón, lo vio ocupado por un hombre.

—¿Qué haces aquí? —gritó descompuestamente.

Stuart sonrió.

—Estás muy atractiva —dijo, a la vez que se ponía en pie—. Por cierto, ¿qué sabes de Tuck Cari?

Zena entornó los ojos. Era una mujer de treinta y dos años, rubia, de formas exuberantes, pero en la que una expresión fría y dura restaba no poca gracia a sus innegables encantos. El hecho de hallarse semidesnuda delante de un inesperado visitante, no parecía turbarla en absoluto.

—Tenía un trabajo entre manos —contestó.

—Sí, un servicio muy especial, por el que cobró cinco mil áureos.

—¿Cómo lo sabes? —respingó ella.

—Encontré el dinero en su bolsillo.

—Entonces, lo has matado...

—No fui yo pero no importa tampoco demasiado. Lo que me gustaría saber es si piensas seguir cometiendo asesinatos.

Zena irguió el busto.

—Nunca encargo esa clase de trabajos —contestó.

—Perdona, tal vez me haya equivocado —repuso Stuart—. Si no tienes inconveniente me iré ahora mismo.

—Me sentiré muy contenta al quedarme sola —respondió ella, ácidamente.

—Sí, claro, no te conviene que el encargado de Brown llegue cuando haya personas ajenas al negocio. Perdón, he debido decir el encargado de liquidar a Brown. Adiós, guapa.

Stuart se dirigió hacia la puerta. Antes de salir, se volvió:

—Estás muy sofocada, Zena —rió—. La ducha, de agua fría; es lo que más te conviene en estos momentos.

Ella, furiosa, agarró un jarrón, pero Stuart cerró con presteza y

esquivó así el improvisado proyectil. El ruido que hizo el jarrón al convertirse en añicos, le pareció música celestial.

Pero dejó de sonreír muy pronto. Dos asesinatos en veinticuatro horas, eran cosa muy seria.

Los dos crímenes significaban, simplemente que el interés por Edén II había alcanzado cotas elevadísimas.

* * *

Parks le llamó por videófono a la mañana siguiente.

—Hannock está de viaje. No sé cuándo volverá —informó.

—Bien, esperaremos. Voy a encargarte algo, Donald.

—Sí, Jubal.

—Vigila a Hunkvora.

—¿Hunkvora? —silbó Parks.

—El mismo.

—Buen pez. ¿Hasta cuándo?

—Hasta nueva orden. Yo tengo que ir ahora a un funeral. Nos veremos a la noche.

—De acuerdo.

Stuart asistió al funeral de Bill Brown. Laura presidió la fúnebre ceremonia, enlutada de pies a cabeza. El número de asistentes fue muy exiguo. Stuart aguardó el final, situado en un lugar discreto.

Terminada la ceremonia, se retiró en busca de su propulsor individual. Laura le vio en aquel momento.

—Señor Stuart…

—Dígame, Laura.

—Quiero hablar con usted.

—¿Aquí?

Ella paseó la vista por el cementerio.

—¿Por qué no me acompaña a mi casa? —sugirió.

—He traído mi propulsor individual...

—Yo he venido en un helitaxi, que me aguarda fuera. Sígame, por favor.

—Está bien.

Media hora más tarde, Laura se quitó el velo y el traje negro, que sustituyó por una bata corta. Preparó café y lo llevó a la sala donde aguardaba su invitado.

—Tengo algo que enseñarle —dijo Laura, después de llenar las tazas—. Lo encontré ayer, entre los papeles de mi padre.

Se puso en pie y sacó un sobre de una consola. Era de gran tamaño y había en él una fotografía de unos cuarenta centímetros de largo por treinta de ancho.

Stuart contempló la fotografía, un paisaje en el que se veían unas rocas de color gris fuerte, con vetas rojizas, de una forma peculiar. Ella le miraba con gran interés.

—No conozco este lugar —dijo Stuart, pasados unos minutos.

—Yo tampoco —manifestó ella—. Pero lea la nota que figura al dorso.

—«Busca en el ábside.» No entiendo —añadió—. ¿Hay que ir a alguna iglesia?

—Estoy igual que usted. El mensaje me resulta completamente ininteligible.

Stuart volvió a examinar la fotografía, incluso poniéndola a la máxima distancia que era la longitud de sus brazos.

—Oiga esto parece...

—Una catedral, ¿verdad?

—¡Claro! —exclamó él—. Es el sitio al que viajó su padre hará cuatro años. Está en Edén II y lo llaman la Gran Catedral.

—Pero no es más que una formación rocosa...

—El paso de los años y los elementos de la naturaleza le han

conferido esa forma peculiar —dijo él—. No obstante, la Gran Catedral parece aquí vista desde el frente. Es decir, ahora estamos contemplando la fachada.

—Mi padre habla del ábside. Estará al otro lado, por supuesto.

—Sí, desde luego.

—Bien, pero ¿qué hay en el ábside?

Stuart dejó la fotografía a un lado y miró fijamente a la muchacha.

—Laura, su padre fue asesinado —dijo—. Seamos sinceros, quiso hacer negocio, pero no se dio cuenta de que la gente con la que trataba era, además de muy poderosa, despiadada. Tal vez no tenía experiencia en esta clase de negocios, pero el caso es que murió y, pienso, debemos averiguarlo.

—Averiguar, ¿qué? —preguntó Laura, muy sorprendida.

—Primero, el significado del mensaje. Segundo, la identidad de sus asesinos.

—Eso será imposible —dijo ella tristemente—. La policía asegura que no hay pistas.

—Yo tengo una —respondió Stuart—, pero ya hablaremos de esto en mejor ocasión. ¿Cuándo piensa volver al Star's Trail?

—He pedido una semana de descanso. Ahora no podría trabajar. El dueño se ha mostrado muy comprensivo...

—Sí, es lógico. ¿Saldrá de la ciudad?

—Me iré unos días al campo. Tomaré una habitación en un hotel de alta montaña...

Stuart sacó una llave del bolsillo.

—Es la de mi casa de campo —dijo, sonriendo.

CAPÍTULO IV

Harald Hunkvora era alto, grueso, calvo y de facciones graníticas. Llevaba puestas unas extrañas gafas, que parecían dos lupas de joyero, sujetas a su cráneo no sólo por las patillas de las orejas, sino por dos delgados semicírculos de metal que se apoyaban directamente en la piel carente de pelo. Un enorme bigote adornaba su labio superior y el conjunto hacía al individuo verdaderamente repulsivo.

Pero Hunkvora, Stuart lo sabía muy bien, era un genio de las finanzas. No había llegado al lugar que ocupaba por mera casualidad, sino por inteligencia, astucia... y falta de escrúpulos.

Por tanto, se comprendía que hubiese contratado los servicios de agencia de Zena Moore.

La voz de Hunkvora, en contrate con su voluminoso corpachón, era ridículamente aflautada:

—Señor Stuart, he accedido a recibirle solamente porque me lo ha recomendado la señora Moore —manifestó—. Pero sólo le puedo conceder cinco minutos. Pasado ese tiempo...

—Si no me he ido, sus guardaespaldas me sacarán a viva fuerza, ¿no es así? —dijo el joven, sonriendo.

—Oh, no, tengo otro procedimiento mejor para deshacerme de los pelmazos. Vamos, empiece ya.

—Pues... la verdad, si la señora Moore le ha hablado ya previamente, casi no hace falta que yo le diga nada. Porque usted va a negar cuanto yo pueda preguntarle...

—Todavía no ha dicho el tema de que se trata —respondió Hunkvora heladamente.

—Usted lo sabe de sobra. Tiene alguna esperanza de que el UTA le atribuya la propiedad de Edén II?

—¿Qué es eso, señor Stuart?

Los ojos del visitante contemplaron con notorio recelo el extraño rostro que tema frente a sí. Resultaba obvio que Hunkvora no estaba dispuesto a admitir nada que pudiera relacionarlo lo más mínimo con Edén II.

Se inclinó hacia delante.

—Dos personas han muerto, una de ellas una excelente muchacha, que no tenía otro defecto que ser la secretaria personal de la señora Vanroot —dijo aceradamente—. Por mucho que simule no saber nada, usted está perfectamente enterado de todo lo ocurrido. Pero no sabe lo que le puede pasar… porque si persiste en llevar adelante sus proyectos, lo mataré, por muchos guardaespaldas que tenga a su alrededor. Morirá rabiando como un perro, créame.

Hunkvora sonrió despectivamente. Al cabo de unos segundos de silencio, contestó:

—Antes le hablé de cierto procedimiento para deshacerme de los pelmazos. Bien, ha llegado el momento de que lo conozca.

Stuart se enderezó en el sillón. Estaban en el despacho particular de la residencia privada de Hunkvora, una enorme estancia de forma semicircular, con toda una de sus paredes de cristal, a través de la cual, se divisaba un frondoso jardín, con piscina. La mano de Hunkvora tocó un botón situado sobre la mesa.

Algo despidió al joven con indescriptible violencia, lanzándolo a través de uno de los ventanales abiertos. Mientras volaba por los aires, oyó una estridente carcajada.

Tardíamente, comprendió Stuart que el sillón era un asiento eyectable. Cuando aterrizó, a diez metros de distancia, sobre un espeso macizo de redodendros, pudo apreciar que, en cierto modo, Hunkvora no carecía de humor.

Dos individuos corrieron hacia él. Aturdido, aunque sin daños de importancia, Stuart forcejeó para ponerse en pie.

La voz de Hunkvora sonó a través de un altoparlante:

—No le hagan daño; déjenle que se vaya.

—Bien, señor —contestó uno de los esbirros.

Stuart terminó de levantarse. Hunkvora habló de nuevo:

—No insista más sobre el tema, señor Stuart. Lo que ha sucedió ahora, no es sino una advertencia amistosa. La próxima vez, no seré tan compasivo, créame.

—Díganle a su amo que la próxima vez le retorceré el cuello —rezongó el joven, mientras se encaminaba hacia la salida del jardín.

Al otro lado de la tapia tenía su propulsor individual. Después de colocárselo, emprendió el vuelo en dirección a su residencia campestre.

* * *

Laura estaba sentada en la veranda, con un libro en las manos, y se levantó al verle llegar. Stuart observó que ella vestía una simple blusa, sin mangas, y pantalón muy corto, lo que permitía contemplar unas piernas de perfectos contornos. Estaba muy atractiva, pensó el joven, aunque pensando en la reciente desgracia familiar, se abstuvo de hacer ningún comentario al respecto.

El propulsor quedó a un lado. Stuart subió cojeando los cuatro peldaños que le llevaban a la veranda.

—¿Le ha ocurrido algo? —preguntó Laura, intrigada.

—He volado sin alas —rezongó él—. Hunkvora, además de desaprensivo, es un tipo con un extraño sentido del humor.

—Sospecho que no ha conseguido nada.

—No. En realidad, tampoco lo esperaba, pero confiaba en que Hunkvora se mostrase un poco más explícito. La verdad es que he perdido el tiempo.

—Lo siento —dijo la joven, con expresión de simpatía—. ¿Le apetece un poco de café?

—No me vendrá mal —admitió Stuart, mientras se sentaba en una butaca, con la pierna derecha extendida, a causa del ligero dolor

que sentía en el tobillo.

Laura entró en la casa, para volver unos minutos después, con una bandeja en las manos.

—¿Qué piensa hacer ahora? —preguntó.

—Quiero hablar con Hannock. Fue el piloto que llevó a su padre a Edén II. Después de que lo haya entrevistado, iré a Edén II.

—¿Cree que debe hacerlo?

—Sí. Quiero examinar los documentos de propiedad de la señora Vanroot y, por supuesto, quiero ir también a la Gran Catedral y ver qué hay en el ábside. Pero primero, debo hablar con Hannock.

Laura se quedó muy pensativa unos momentos.

—No acabo de comprender el significado de la frase que escribió mi padre al dorso de la fotografía —dijo al cabo.

—La Gran Catedral es una formación rocosa que tiene un aspecto típico, que ha dado origen al nombre. Ahora bien, toda catedral tiene un ábside. Resulta obvio que su padre escondió algo en ese lugar..., aunque un ábside no es una cocina con cuatro ladrillos en el suelo. Por tanto, tendré que buscar allí.

—No comprendo —murmuró ella—. Mi padre fue siempre un tipo más bien apocado y hasta tímido. A veces, claro, tenía sus ramalazos de genio..., pero eso era con los de la familia. El hecho de que tomase parte en una operación reñida con la ley, se me antoja absolutamente ininteligible.

—Nadie está libre de la tentación —dijo él sentenciosamente—. Pero no debe hacerle ningún reproche; tal vez un día conozcamos las verdaderas razones de su acción y es posible que podamos disculparle.

—Es usted un hombre muy comprensivo —sonrió Laura.

—Conozco las flaquezas humanas, eso es todo.

Callaron un momento. La noche caía rápidamente. Laura se sentía poseída por una extraña sensación de paz como hacía tiempo no había percibido.

—Me gusta el lugar —dijo, después de un buen rato de silencio —. ¿Hace mucho que tiene esta propiedad?

—Unos cinco años. Cuando el negocio empezó a prosperar, yo

empecé también a buscarme un lugar solitario, donde poder retirarme a descansar de cuando en cuando. Busqué... y encontré este trozo de terreno, que compré, afortunadamente, a buen precio. —Stuart soltó una risita—. Quiero decir buen precio para mi bolsillo.

Movió la mano en sentido circular.

—La propiedad mide unos mil metros de largo por unos seiscientos de anchura y el arroyo pasa casi justamente por el centro, siguiendo aproximadamente el eje longitudinal más largo. No me he arrepentido de comprar el terreno —concluyó.

—Todo lo contrario, debe felicitarse cada vez que viene aquí. Aunque me imagino que muchas veces no vendrá solo —dijo Laura maliciosamente.

—Como acusado, me niego a contestar, para no perjudicarme —rió él.

—Oh, no se crea que se lo voy a reprochar. No es usted el único y, además, siendo soltero, lo encuentro perfectamente justificado...

Laura no pudo seguir. Una voz llegó de las alturas súbitamente:

—¡Socorro! ¡El propulsor está fallando!

* * *

Stuart se puso en pie rápidamente. A unos cincuenta o sesenta metros de altura, se divisaba una figurita que descendía velozmente hacia la tierra.

—¡Se va a matar! —exclamó Laura, aterrada.

Era una mujer y, no cabía duda, tenía dificultades con el propulsor individual. Se la veía luchar desesperadamente con los mandos, pero no parecía conseguir ningún resultado positivo.

No obstante, el descenso era oblicuo, en un ángulo bastante pronunciado. Pero, aun así, la mujer corría el riesgo de romperse las piernas en el aterrizaje, por lo menos.

Stuart saltó fuera de la veranda y se puso ambas manos en la boca, a modo de bocina:

—¡Oriente el aparato hacia el arroyo! —gritó con poderosa voz —. ¡Hay un remanso y podrá amortiguar la caída!

El propulsor actuaba silenciosamente, por lo que la mujer pudo escuchar si dificultad el consejo de Stuart. Después de algunos forcejeos con la barra de la dirección, pudo desviar el aparato, dirigiéndolo hacia el lugar indicado.

Stuart corrió hacia el arroyo. Segundos después, la mujer se zambullía en el agua, con enorme alboroto de espuma. Laura siguió al joven, alcanzándolo cuando Stuart alargaba la mano hacia la mujer.

Ella se. dejó caer sobre la hierba, jadeante y sin aliento.

—Gracias —dijo—. Creí que me mataría… No sé qué le ha podido pasar a este maldito cacharro…

—No se preocupe, señora —sonrió Stuart—. Se ha salvado y eso es lo que importa. Laura, acompáñela a casa y dele ropa seca, aunque sea de la mía.

—Está bien. Venga conmigo, señora —dijo la joven.

Stuart quedó en el mismo lugar. Después de desnudarse, se lanzó de cabeza al agua.

El remanso tenía unos tres metros de profundidad, por lo que la extracción del propulsor no resultó difícil. Stuart aguardó unos minutos para secarse y luego volvió a vestirse. A continuación, cargado con el aparato, regresó a la casa.

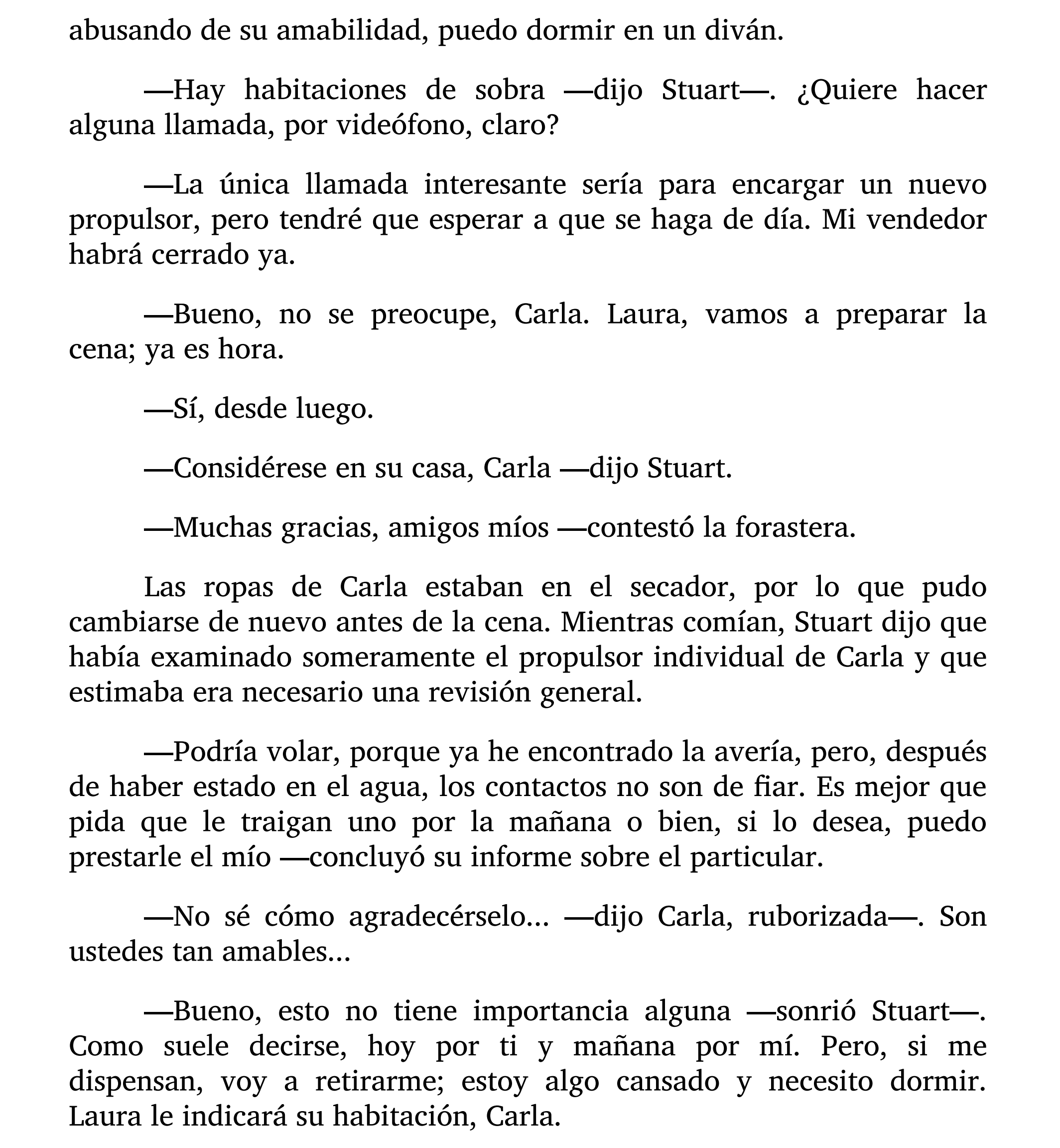
Cuando llegó, la mujer tenía puesto uno de sus trajes de una sola pieza y una toalla alrededor de sus cabellos mojados. Stuart observó que era atractiva, aunque de rostro un tanto basto, y de unos treinta y cinco años de edad.

—Le presento a la señora Baker —dijo Laura—. Señora, Jubal Stuart.

—Es un placer, señor Stuart —sonrió la mujer—. De no ser por su consejo, puede que ahora estuviese muerta. A mí no se me habría ocurrido dirigirme hacia el arroyo.

—Siempre conviene en casos así —contestó el joven—. Lo único que siento es que no pueda continuar su viaje, señora…

—Oh, no importa; vivo relativamente cerca de aquí. Y, por favor, llámenme Carla los dos. Esta noche, si me permite seguir


abusando de su amabilidad, puedo dormir en un diván.

—Hay habitaciones de sobra —dijo Stuart—. ¿Quiere hacer alguna llamada, por videófono, claro?

—La única llamada interesante sería para encargar un nuevo propulsor, pero tendré que esperar a que se haga de día. Mi vendedor habrá cerrado ya.

—Bueno, no se preocupe, Carla. Laura, vamos a preparar la cena; ya es hora.

—Sí, desde luego.

—Considérese en su casa, Carla —dijo Stuart.

—Muchas gracias, amigos míos —contestó la forastera.

Las ropas de Carla estaban en el secador, por lo que pudo cambiarse de nuevo antes de la cena. Mientras comían, Stuart dijo que había examinado someramente el propulsor individual de Carla y que estimaba era necesario una revisión general.

—Podría volar, porque ya he encontrado la avería, pero, después de haber estado en el agua, los contactos no son de fiar. Es mejor que pida que le traigan uno por la mañana o bien, si lo desea, puedo prestarle el mío —concluyó su informe sobre el particular.

—No sé cómo agradecérselo... —dijo Carla, ruborizada—. Son ustedes tan amables...

—Bueno, esto no tiene importancia alguna —sonrió Stuart—. Como suele decirse, hoy por ti y mañana por mí. Pero, si me dispensan, voy a retirarme; estoy algo cansado y necesito dormir. Laura le indicará su habitación, Carla.

—Gracias otra vez —dijo la mujer.

CAPÍTULO V

A las dos de la madrugada, Carla Baker se levantó sigilosamente y empezó a vestirse. Cuando hubo terminado, abrió el bolso que había traído consigo y extrajo algo que colocó al pie de una de las paredes de su dormitorio.

Hecho esto, se dirigió en silencio hacia la puerta. Salió de la estancia, cruzó; la sala y alcanzó la veranda, en la que había una luz encendida, sobre el dintel de la entrada.

Los propulsores estaban al pie de la veranda. Carla desechó el suyo de inmediato. De los otros dos propulsores, según pudo apreciar, uno de ellos estaba sin carga, cosa que le extrañó sobremanera, al dar el contacto. El otro, en cambio, aparecía en perfectas condiciones, por lo que, sin vacilar, se colocó los arneses.

De pronto, cuando ya se disponía a alzar el vuelo, vio surgir una sombra por la próxima esquina.

—¿Tienes prisa, Carla Baker? —preguntó Stuart.

Ella se quedó parada un instante. Luego, reaccionando, abrió el bolso y sacó una pistola.

—Está descargada —sonrió Stuart.

Carla lanzó una horrible maldición.

—¿Cómo ha sabido...?

—Me lo figuré. Zena Moore es muy lista, ciertamente y sabía que yo recelaría de un presunto «náufrago» del sexo masculino. Por

eso te envió, a fin de adormecer nuestra confianza. Carla, ¿qué es lo que has hecho?

De súbito, ella movió el mando de ascensión y se elevó a una veintena de metros sobre el suelo.

—¡No te lo diré! —contestó a voz en cuello.

—Muy bien, tampoco importa demasiado. —Stuart se echó a reír —. Carla, ya no podrás bajar, hasta que se agote la carga del propulsor y ello sucederá dentro de cuarenta y ocho horas, por lo menos. He «trucado» los mandos y estarás dos días en el aire. ¡Buen viaje!

Carla emitió un espantoso grito de furor. Miró hacia abajo un momento, como si pensara en soltarse de los arneses, pero veinte metros era una distancia excesiva.

Podía matarse, pensó, hirviendo de furia. De súbito, el propulsor arrancó a toda velocidad, perdiéndose de vista en las tinieblas. Los gritos de furor de Carla se alejaron rapidísimamente.

Durante unos segundos, Stuart permaneció en el mismo sitio, pensando en lo que Carla podía haber hecho en la casa. Repentinamente, sonó una aterradora explosión.

La mitad posterior de la villa voló por los aires. Parte de la fachada se derrumbó también. Potentes bocanadas de aire, salieron por las ventanas delanteras, junto con un diluvio de cristales.

Stuart fue derribado en el suelo. Durante unos momentos, permaneció inmóvil, ensordecido y aturdido. Incluso notó sangre en la cara, a causa de los cortes causados por pequeños fragmentos de vidrio.

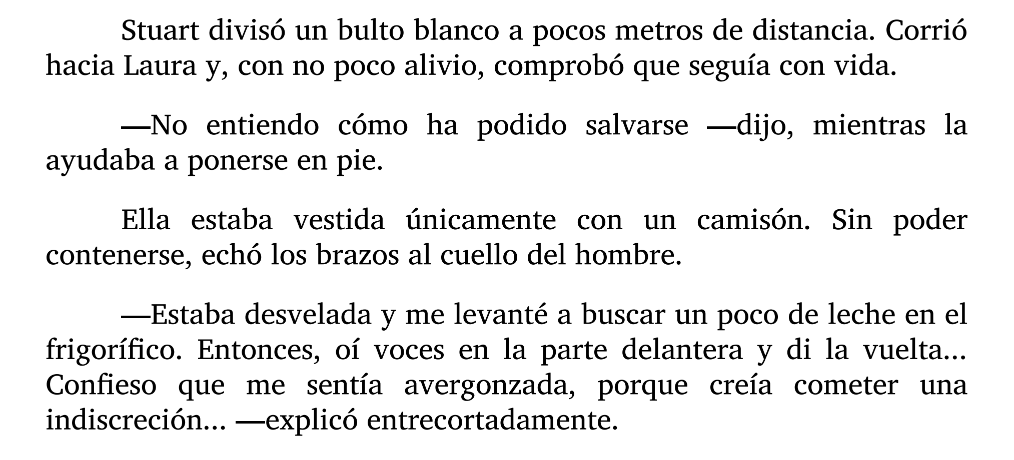
Pero no parecían heridas de importancia. Al cabo de unos segundos, se puso en pie.

La explosión había provocado un incendio. Era inútil intentar apagarlo: la casa iba a arder hasta los cimientos.

Stuart se preguntó cómo se le había podido pasar por alto el explosivo. Pero, de súbito, recordó algo y la carne se le puso de gallina.

—¡Laura! —gritó.

—Aquí… —sonó la voz de la joven, desfallecida y casi sin aliento —. Jubal…



Stuart divisó un bulto blanco a pocos metros de distancia. Corrió hacia Laura y, con no poco alivio, comprobó que seguía con vida.

—No entiendo cómo ha podido salvarse —dijo, mientras la ayudaba a ponerse en pie.

Ella estaba vestida únicamente con un camisón. Sin poder contenerse, echó los brazos al cuello del hombre.

—Estaba desvelada y me levanté a buscar un poco de leche en el frigorífico. Entonces, oí voces en la parte delantera y di la vuelta... Confieso que me sentía avergonzada, porque creía cometer una indiscreción... —explicó entrecortadamente.

Stuart lanzó una alegre carcajada.

—Esa indiscreción le ha salvado la vida —dijo—. Lo único que siento es que la haya pillado fuera de la cama, sólo con lo puesto.

Laura bajó la vista y se contempló a sí misma, vestida con el camisón corto y de tejido sumamente fino.

—Incluso me he quedado sin zapatillas...

—Ya las encontraremos, no se preocupe.

—Pero, no entiendo, Jubal. ¿Es cierto que Carla vino aquí por orden de Zena Moore?

—Lo ocurrido, dice más que todas las palabras —respondió él—. Zena no podía enviar a un hombre, porque yo hubiera recelado en el acto.

—Le ha destruido la casa.

—Ya me la cobraré, no se preocupe. Zena pagará.

—Es terrible... Y pensar que todas estas cosas suceden porque alguien quiere quedarse con la propiedad de un planeta...

—Para algunos, eso justifica cualquier cosa —dijo Stuart, ceñudo.

—Sí, ya me lo. imagino. Oiga, Jubal, hay algo que no entiendo.

—¿Qué es, Laura?

—Usted dijo a Carla que su pistola estaba descargada. Eso me hace saber que le registró el bolso. Pero, si es así, ¿cómo no encontró

el explosivo?

—Yo también he pensado en ello y he llegado a una conclusión. Sí, vi la pistola y la descargué. Pero el explosivo debía de estar en la polvera, bastante grande, todo sea dicho. No se me ocurrió examinarla; simplemente, pensé que ella querría matarme a tiros mientras yo dormía. Pero, por lo visto, llevaba el arma solamente como elemento defensivo.

—Jubal, una polvera, por muy grande que sea, no puede contener la suficiente carga para hacer saltar media casa en pedazos y pegar fuego al resto —dijo Laura, a la vez que señalaba hacia las llamas que se agitaban furiosamente a pocos pasos de distancia.

—Posiblemente, la polvera llevaba solamente quince o veinte gramos de U-dinamita.

—No he oído hablar nunca de ese explosivo.

—La U-dinamita, abreviatura de ultradinamita, es un explosivo casi cien veces más potente que la dinamita convencional. Por tanto, lo que ha explotado hace unos momentos, equivalía a un par de kilos de dinamita corriente.

—Ahora ya lo entiendo. —Laura suspiró—. Pero ¿qué vamos a hacer ahora? Son las dos y media de la mañana... y estamos aislados...

Stuart se echó a reír.

—Hice algunos trucos con los propulsores —contestó—. En el suyo no funciona el indicador de carga, aunque se encuentra en perfectas condiciones. El de Carla, está igualmente en buen estado, a pesar de lo que dije. En cuanto al mío, ya lo oyó: los mandos están bloqueados y Carla sólo pondrá el pie en el suelo cuando se agote la carga, es decir, dentro de dos días.

Laura exhaló una alegre carcajada.

—¡Lo va a pasar muy divertido! —exclamó.

—Espero que eso le quite las ganas... de quitar a la gente de en medio —declaró él, ceñudo—. Bueno, muchacha; aquí no podemos seguir. ¿Qué le parece si emprendemos el regreso?

—¿Adonde, Jubal?

—Usted tiene un apartamento, en el que podrá vestirse. Y yo le pediré que me hospede durante el resto de la noche —contestó Stuart.

—Será un placer —aseguró Laura, con la sonrisa en los labios.

* * *

Zena Moore entró en su despacho y respingó al ver a Stuart sentado tras la mesa. Durante unos segundos, el rostro de la hermosa mujer expresó la más absoluta sorpresa.

—Estoy vivo —dijo él placenteramente.

—Sí ya veo que no eres un fantasma. ¿Por qué no habías de seguir viviendo? —preguntó Zena, ya rehecha de su asombro.

—Algo de eso podría decirte una tal Carla Baker si pudiera, claro está. Pero no se encuentra en condiciones de hablar contigo.

—¡Ha muerto!

Stuart soltó una risita.

—No soy tan cruel como tú —repuso—. Simplemente, la he quitado de la circulación. Sin embargo, no pude impedir que me volara la casa con una polvera, veinte gramos de U-dinamita y un mecanismo de relojería. Sencillo, pero efectivo.

Zena se irguió.

—Escucha, Jubal; hay muchos millones...

—No trates de seducirme con un pacto para desposeer a una antigua amiga de algo que le pertenece legítimamente —contestó él con severidad—. En primer lugar, está la lealtad que le debo. Y, en segundo, ¿iba a disfrutar más de la vida con un montón de millones? Gano lo suficiente, tengo lo que me apetece, mis gustos son sencillos, de modo que no puedo pedir más. Pero hay algo que, no obstante, debo recuperar.

—¿Qué es, Jubal? —preguntó Zena, muy intrigada a su pesar.

De súbito, Stuart sacó una pistola y se puso en pie.

—He registrado los cajones de tu escritorio y he encontrado un talonario de cheques —declaró—. Mientras llegabas, me he permitido rellenar uno por importe de dieciséis mil doscientos ochenta y siete áureos, valor de una casa nueva, que tu subordinada me destruyó la

noche pasada. Siéntate y firma, Zena.

Ella cruzó los brazos bajo el seno opulento.

—¡No! —dijo secamente.

Stuart apretó el gatillo de su pistola. Se oyó un resoplido y algo se llevó un mechón de pelos de la mujer.

—El próximo proyectil helicoidal irá dirigido a tu hermoso estómago —dijo él, con dureza en el acento—. Nadie me ha visto entrar y nadie sabrás jamás quién te mató. La elección es tuya.

Zena se mordió los labios. A fin, avanzó hacia el escritorio y se sentó en el sillón.

—Puedo cancelar el cheque...

Stuart sonrió.

—Primero, firma. Después, llamarás al Banco. Enseñarás el cheque firmado y ordenarás que ingresen el importe en mi cuenta corriente. El cajero tomará por videófono una fotografía del cheque. Aunque lo quemases a continuación, el importe sería descontado de tu cuenta. Vamos, Zena, conoces demasiado los procedimientos bancarios, para venir ahora con el cuento de la cancelación de un cheque. Anda, firma y llama al Banco.

Ella obedeció, con lágrimas en los ojos. Cuando terminó la operación, Stuart se apoderó del cheque con la mano izquierda y lo guardó en un bolsillo.

—Aunque han tomado la fotografía, siempre es conveniente entregar el cheque, pero, no te preocupes, yo te ahorraré el trabajo. Ahora, por favor, ponte en pie.

—¿Adonde me llevas? —preguntó Zena, recelosa.

—Lo sabrás muy pronto. Ah, una cosa: estoy dispuesto a afrontar todos los riesgos de un proceso por homicidio, de modo que no intentes jugarme una mala pasada. Estoy pensando en una hermosa muchacha, llamada Emma Duke, asesinada por uno de tus agentes, Tuck Cari. Ya me comprendes, ¿verdad?

Zena echó a andar, sin decir una sola palabra. Hervía de furia impotente, pero harto se daba cuenta de que Stuart no cedería un ápice de cuanto había dicho.

Momentos después, con gran sorpresa, se encontró en la terraza. Stuart le señaló un propulsor individual.

—Póntelo —ordenó,

—¿Puedo saber adónde piensas llevarme? —presunto ella.

—En seguida lo sabrás. Ten un poco de paciencia.

Zena se colocó los arneses. Sin dejar de encañonarla con el arma, ahora en la mano izquierda, Stuart comprobó las conexiones. Luego se encaró con la mujer.

—Zena, Carla Baker está volando desde las dos de la mañana y no descenderá al suelo, sino hasta las cuarenta y ocho horas, tiempo aproximado que dura la carga del propulsor, cuyos mandos he bloqueado para que no pueda volver antes de hora. He hecho lo mismo en este propulsor, de modo que, a partir de este momento, vas a estar volando, hacia el Sur, durante cuarenta y ocho horas y a la velocidad de cuarenta kilómetros por hora. No intentes tocar los mandos, porque, repito, también están bloqueados. ¡Buen viaje!

Con la mano derecha, presionó el botón de contacto. El aparato funcionó inmediatamente, llevándose a Zena, antes de que ella pudiera soltarse los arneses.

Un segundo después, Zena se hallaba a cuatrocientos metros sobre el nivel de la calle. Obscenas maldiciones brotaron de sus labios, mientras blandía el puño en un inequívoco gesto de amenaza. Stuart contestó con otro gesto: el pulgar apoyado en su nariz, los restantes dedos extendidos y la lengua fuera.

El propulsor trucado era el suyo propio. Para el regreso, decidió emplear el de Zena.

—Cuarenta y ocho horas volando sin parar, a cuarenta kilómetros por hora, son mil novecientos veinte kilómetros —murmuró, mientras se elevaba por los aires—. Lo mejor de todo es que no podrá apearse.

Cuando llegó a su casa, encontró a Parks.

—Hannock ha vuelto —informó el ayudante.

—Muy bien, vamos a verlo.

—Ah, otra cosa —dijo Parks, mientras se dirigían a la terraza—. El comportamiento de Hunkvora ha sido normal durante todos estos

días.

—No me extraña. Los tipos como Hunkvora siempre se comportan con normalidad. Son otros los que les hacen los trabajos sucios.

Mientras se colocaban los arneses, Stuart dijo:

—Hunkvora será muy miope, pero tiene una vista muy larga, Donald.

Parks lanzó una exclamación:

—¡Cómo! Pero ¿no lo sabías? *¡Hunkvora es ciego!*

* * *

El departamento de Hannock era un fiel reflejo del carácter de su dueño. Stuart arrugó la nariz al percibir el olor a alcohol barato que impregnaba el ambiente.

Hannock les recibió en mangas de camisa y sin afeitar desde hacía al menos una semana. Era un tipo de unos cuarenta años, bajo, rechoncho y con cara de luna, pero si bien no parecía tonto, ni mucho menos, no había en su rostro el menor rasgo apacible de los tipos de su aspecto físico. Para Stuart, era un sujeto codicioso, capaz de cualquier cosa por un puñado de billetes.

—Se trata de un tal Brown —dijo el joven—. Usted lo llevó a Edén II hará cosa de cuatro años. Queremos detalles del viaje y de lo que hizo Brown al llegar a ese planeta.

Hannock se rascó el pecho velludo.

—Bueno, la verdad es que… Estoy en tratos para comprar una astronave en buen uso y me faltan un par de miles…

Stuart le miró despreciativamente.

—No nos tome por tontos —exclamó—. Cincuenta y basta.

Hannock se cogió los dos labios con el índice y el pulgar de la mano derecha, un inequívoco gesto de pinza, con lo que quería decir que no hablaría si no le pagaban lo que pedía. Stuart hizo un leve movimiento con la cabeza y Parks movió la mano derecha

fulgurantemente.

Se oyó un aullido de dolor. Hannock dio dos vueltas en redondo y quedó sentado en el suelo, con la mano en la mejilla duramente castigada por la bofetada de Parks.

—No hay derecho… —gimió.

Stuart se inclinó sobre el sujeto.

—Hable o mi amigo continuará zurrándole —dijo, a la vez que dejaba caer al suelo un billete de cincuenta áureos.

—Está bien… Brown se comportó normalmente durante el viaje… Lo único que sé es que desembarcó en las inmediaciones de una gran montaña rocosa, de forma muy rara… Me pagó, se marchó y ya no sé más.

—¿No le pidió que le aguardase?

—No. Me extrañó bastante, pero estoy acostumbrado a los caprichos de los clientes…

Stuart se volvió hacia su ayudante.

—Es muy posible que Brown tuviese contratada una segunda nave, que debía recogerle allí pasado cierto tiempo, un día o dos, por ejemplo —supuso.

—Sí, pero en tal caso debió de haber llevado algo de equipaje consigo, ¿no crees? —dijo Parks.

—Es cierto. Hannock, cuando Brown se apeó, ¿llevaba algo consigo?

—Sí, dos maletines. Uno de ellos era corriente, como el que se usa para un viaje corto. El otro era de metal, con cerradura de clave.

—¿Cerradura de clave? —se asombró Stuart.

—A veces se usan para el transporte de grandes sumas de dinero —intervino Parks—. La clave sólo es conocida por dos personas: el remitente y el destinatario. Algunos maletines de ese tipo, incluso, llevan una carga explosiva, que se activa si alguien quiere abrirlo por la fuerza, o, simplemente, tanteando las cifras de la cerradura, para hallar la clave al oído.

—Sí, era uno de esos maletines —corroboró Hannock—. Yo lo sé porque hubo un tiempo en que era mensajero y los transportaba con

frecuencia.

—Hannock, si eso es cierto, usted recordará sin duda la marca de la empresa que fabricó el maletín —dijo Parks.

—Por supuesto. Estaba construido por la Keys & Blind, la mejor marca que se conoce en el mercado.

—Es suficiente —dijo Stuart—. Vámonos Donald.

CAPÍTULO VI

—El problema se centra ahora en llegar a Edén II y buscar en el ábside de la Gran Catedral. Ahí está el maletín que llevó su padre.

Laura había escuchado sin pestañear el relato que le había hecho el joven. Cuando Stuart hubo terminado, ella hizo una pregunta:

—Pero ¿no sabe qué contenía el maletín?

—Documentos muy importantes, sin duda. Y lo difícil va a ser abrirlo.

—¿Por qué?

—Laura, es un maletín con cerradura de clave, que sólo su padre conocía. Es muy probable, además, que tenga una carga explosiva o quizá solamente incendiaria. Pero esto, a fin de cuentas, es secundario. Cuando en uno de esos maletines se inserta una carga destructora, resulta imposible abrirlos, si no se conoce la clave. Puede intentarse la apertura al modo clásico, esto es, moviendo la rueda y escuchando el ruidito de los engranajes, por supuesto. Pero si no se conoce la clave, en cuanto se sobrepasa el número de cifras de que está compuesta, se produce la explosión o el incendio de lo que hay dentro del maletín. Es decir, una vuelta de más, activa el mecanismo destructor. ¿Lo entiende ahora?

—Sí, ahora está muy claro. Salvo que ignoramos el contenido del maletín.

—Algo muy valioso, no le quepa la menor duda.

—Bueno, si lo encontramos, podemos llevarlo a la fábrica para que lo abran los expertos.

—Sería inútil. El cliente establece la clave y nadie más la conoce, a menos que haya un destinatario previamente advertido. Ningún técnico de la Keys & Blind se arriesgaría a abrir el maletín por todo el oro del mundo.

—Entonces, ¿no podremos hacer nada? —dijo ella, desalentadamente.

—Lo que conviene es encontrar el maletín. Después, ya buscaremos la mejor forma de abrirlo. Laura, su padre, sospecho, dejó la clave en algún sitio. Busque bien, mientras Donald y yo preparamos todo para el viaje.

—De acuerdo, pero no cuenten en dejarme aquí, en la Tierra —exclamó la muchacha.

Stuart la miró sorprendido.

—Tiene que volver al Star's Trail —dijo.

Laura movió la cabeza.

—No —contestó—. Ya me he despedido. Quiero llegar hasta el fondo de este turbio asunto. Algo hizo que mi padre dejase de ser honesto, pero tal vez resultó forzado a ello. Usted ya me entiende, ¿verdad?

—Si —murmuró Stuart—. Algo te forzó a actuar de una forma que no te gustaba. Pero ya lo averiguaremos, descuide.

Parks entró en aquel momento.

—He estado en la Keys & Blind —declaró—. La venta del maletín con cerradura en clave está registrada a nombre de William Brown. La combinación es de siete cifras como máximo, y, por supuesto, tiene dispositivo para la instalación de una carga destructora, explosiva o incendiaria, a gusto del comprador. Sin embargo, la fábrica no se ocupa de este último apartado; únicamente coloca la espoleta, que lo mismo puede activar veinte gramos de U-dinamita que cien de magnesio y fósforo.

—En resumen, si encontramos el maletín, tendremos que resignarnos a contemplarlo sin abrirlo.

—Si mueves la rueda más de siete veces, se producirá la ignición

de la espoleta.

—Bien, Laura se preocupará de buscar la clave, mientras nosotros alistamos la nave. ¿Algo más, Donald?

—Sí —respondió Parks—. He hablado con Brian Sangster. Fue el piloto que hizo un viaje especial a Edén II, en una fecha determinada. Dice que recogió a Brown, lo trajo a la Tierra, cobró y no sabe más.

—¿Cuántos días estuvo allí el padre de Laura?

Parks sacó su agenda de notas.

—A juzgar por las fechas, tres días —respondió.

—Bien, no es demasiado, pero tenemos una base de partida. —Stuart se volvió hacia la muchacha—. Esté preparada para dentro de un par de días.

—De acuerdo —contestó Laura.

* * *

Buscando los lugares en sombra, adonde no llegaban las luces del astropuerto, el individuo, vestido de negro, se acercó a la nave que estaba situada casi al final de una de las pistas de despegue.

El sujeto llevaba puesto su propulsor individual, lo que le permitía moverse con los pies a ras del suelo. Colgado del cuello llevaba un pequeño bolso de cuero negro.

Momentos después, se detuvo junto a la nave. Tanteó la escotilla y la abrió.

Metió la mano a través del hueco. Un objeto redondo, de unos veinte centímetros de diámetro por dos de grueso, quedó adherido a la plancha interior de la compuerta, por medio de un simple imán.

A continuación, cerró la escotilla, sin darse cuenta de que tenía un hombre a sus espaldas. Parks sonrió en las tinieblas, mientras abría suavemente y retiraba el disco.

El intruso inició la retirada. Parks corrió silenciosamente tras él, y con infinito cuidado dejó el disco adherido a un trozo de metal de su propulsor.

A los pocos momentos, el intruso se elevó unos metros en el aire. Parks sacó un pequeño transmisor de radio y presionó la tecla de contacto.

El otro tenía también un transmisor y lo puso en funcionamiento al hallarse a unos doscientos metros de distancia del astropuerto.

—Señora Moore...

—Sí —dijo Zena.

—Misión cumplida. La bomba estallará dentro de... doce segundos, exactamente.

—¡Bravo, Joe!

Entonces, Parks usó su radio.

—Señora Moore —llamó.

Zena respingó.

—¿Quién es?

—Parks, el ayudante de Jubal. Joe lleva la bomba adosada al propulsor.

Las ondas de radio transmitieron un aullido de pánico. Desesperadamente, el esbirro se lanzó hacia abajo, intentando tomar tierra para deshacerse del propulsor, pero la explosión sobrevino cuando todavía se hallaba a unos treinta metros del suelo.

Un vivísimo relámpago disipó las tinieblas durante fracciones de segundo. El trueno de la explosión llegó a enorme distancia.

—Señora Moore, mí sentido pésame —dijo Parks, alegremente.

Ella emitió una furiosa interjección. Parks cerró la radio y volvió a la nave. Cerró la escotilla, conectó el sistema de alarma, fue a su camarote y se tendió en la litera. Minutos más tarde, dormía como un tronco.

Los servicios de seguridad del astropuerto empezaron a investigar sobre el origen de la misteriosa explosión. Lo único que encontraron fueron unos restos humanos, desperdigados en un amplio espacio, junto con trozos de un propulsor individual. Nadie supo explicarse los motivos del suceso.

* * *

La nave volaba a través del espacio a velocidades aterradoras, miles de veces superiores a la de la luz. Debido a ello, las estrellas resultaban invisibles.

Fuera de la nave sólo se veía una grisácea penumbra, sin el menor detalle de cuanto había en el firmamento. Para Laura, era algo nuevo por completo.

—Me pregunto qué pasaría si ahora fuese necesario salir fuera para reparar una avería en el casco —dijo de pronto.

—No se puede —contestó Parks.

—He oído decir que los astronautas salen fuera de la nave, enfundados en sus trajes de vacío.

—Eso se puede hacer cuando la nave se desplaza a velocidades inferiores a la de la luz. Ahora estamos en el subespacio. El que saliese fuera dejaría de existir, sin morir.

—No entiendo —dijo ella, desconcertada.

—Simplemente, estaría en un lugar donde se es y no se es —sonrió Parks—. Es difícil de explicar y ni yo mismo lo comprendo demasiado. La nave se encuentra ahora en el subespacio, ya lo he dicho, pero el campo de acción se limita estrictamente a lo que es su volumen físico. Es decir, nosotros estamos dentro, completamente tranquilos, sin la menor molestia, pero las fuerzas que actúan sobre la nave, haciéndola desplazarse a millones de kilómetros por segundo, dejan de actuar en la misma superficie del casco. Personalmente, creo que el osado que intentase semejante disparate se quedaría atrás, en fracciones de segundo, de la misma forma que el marino que va en un barco se queda atrás si se tira al agua. Con la diferencia de que desde el barco se le puede lanzar un cabo o un salvavidas y aquí eso sería imposible.

Laura asintió, muy impresionada por aquellas palabras.

—De todas formas, yo no pienso dejar la nave hasta no tener la tierra firme a medio metro de mis pies —dijo, jovialmente.

Stuart entró en aquel momento, con un cuaderno en la mano y una computadora portátil en la otra.

—¿Has conseguido algo? —preguntó Parks.

Stuart hizo un gesto negativo.

—Nada —respondió—. Laura no pudo encontrar el menor rastro en casa de su padre. Yo he ensayado infinidad de combinaciones con la computadora, pero prácticamente ha sido perder el tiempo. No sé qué haremos cuando encontremos el maletín.

—Si lo encontramos —dijo ella.

—He podido conseguir un mapa de la región de la Gran Catedral manifestó Stuart—. La montaña ocupa una extensión de unos seis kilómetros cuadrados. Dejando de lado la altura, más de ochocientos metros en su cota máxima, la base forma una especie de rectángulo irregular, de unos cuatro kilómetros de largo por dos de ancho. Si no fuese por los propulsores individuales, no se podría llegar a alguno de los puntos de la montaña.

—El maletín está en el ábside, no lo olvide —recordó Laura.

—Lo sé pero el problema estriba menos en hallarlo, cosa que, a pesar de todo, puede llevarnos semanas enteras, que descifrar la clave. Y aun así, la cosa no tendría importancia si no fuese porque hemos de enfrentarnos con una carga destructora. Si es explosivo, podría matarnos y si es incendiaria, destruiría el contenido del maletín.

—Total, que no tenemos solución —suspiró Parks.

Stuart lanzó un vistazo al indicador de tiempo subespacial.

—Será mejor que nos acomodemos en los asientos —aconsejó—. Antes de un cuarto de hora vamos a entrar en el período de deceleración.

Un cuarto de hora más tarde, la penumbra grisácea fue sustituida por una negrura en la que chispeaban multitud de puntitos multicolores. Los asientos especiales evitaron que los tres viajeros sufrieran los perniciosos efectos de una súbita deceleración. Prácticamente, eran como unos ataúdes, que se acomodaban al cuerpo con absoluta exactitud, dejando libre solamente parte del rostro. Aun así, el trance no resultaba agradable, ni siquiera para un piloto experimentado. Pero media hora después, empezaron a reaccionar.

—Algún día mejorarán la forma de entrar y salir en el subespacio —rezongó Parks, que se sentía como si le hubiesen dado una paliza.

Para Laura era su primer viaje y estaba completamente desfallecida. Stuart la hizo reanimar con una taza de café y unas gotas de coñac. Los colores volvieron lentamente al rostro de la muchacha.

—Es terrible —dijo—. Cuando vuelva a la Tierra, nadie me obligará jamás a hacer otro viaje por el espacio.

Stuart sonrió.

—No es agradable, en efecto —convino—. Pero si no fuera así no habríamos podido recorrer, en menos de una semana, una distancia de cientos de años luz.

De pronto, Parks lanzó un grito:

—¡Eh! ¡Edén II está a la vista!

CAPÍTULO VII

La nave descendió lentamente, en dirección a una explanada situada a orillas de un elevado risco, que caía verticalmente sobre la orilla de un extensísimo lago de aguas espejeantes. Un anchuroso río llegaba de las lejanas montañas y se desplomaba sobre el lago, en una atronadora cascada de más de ciento cincuenta metros de altura.

La cascada se encontraba a unos cuatrocientos metros de la casa y a un nivel algo inferior al de la meseta que coronaba el risco que, en realidad, venía a ser un acantilado con grandes entrantes y salientes, de formas completamente irregulares, aunque con la común característica de una caída casi a plomo sobre el lago, lo que proporcionaba a los habitantes de la casa la visión de un fantástico panorama, de inigualable belleza.

La casa, rodeada de árboles de frondosa copa, se hallaba a un

nivel ligeramente superior al del río que saltaba al lago por la cascada. A unos quinientos metros, el suelo se nivelaba de tal modo, que había hecho posible una toma de líquido, mediante un pequeño canal, alimentado por una gran rueda de paletas, movida por la misma fuerza de la corriente. El agua llegaba hasta la casa por un acueducto, completamente cubierto de plantas trepadoras, lo que evitaba la vista de su estructura, que habría podido romper la armonía del paisaje.

En cuanto al edificio propiamente dicho era de grandes troncos desbastados, muy pulidos y protegidos por alguna cera especial, que le confería un aspecto sumamente agradable. Era de planta y primer piso, muy espacioso, y en la parte orientada al lago disponía de una gran veranda cubierta. Al otro lado de la meseta, se iniciaba un espeso bosque, que cubría una colosal extensión de terreno ondulado, sin que desde los riscos que bordeaban el lago por aquella parte pudiera apreciarse su final.

La astronave tomó tierra en un espacio despejado, situado a cien metros escasos de la residencia. Cuando se abrió la escotilla, Laura pudo ver a una hermosa mujer, de unos treinta y dos años, morena y de figura escultural, que acudía al encuentro de los recién llegados, seguida por unos extraños seres, que se le antojaron fantasmas vivientes.

Stuart saltó al suelo. Durante unos segundos, contempló a Melissa. Luego avanzó hacia ella, tomó sus dos manos y la besó tiernamente en una de las mejillas.

—No sé qué decirte —murmuró.

—No digas nada —sonrió ella—. Son tus amigos... —añadió, refiriéndose a los otros dos viajeros.

Stuart hizo las presentaciones.

—Laura Brown, Donald Parks, mi ayudante. En cuanto a Laura, ya te contaré luego por qué está aquí con nosotros.

—Sí, habrá tiempo. Vengan todos a casa, por favor. ¿Traes equipaje, Jubal?

—Algo de ropa interior, nada de particular...

—Bien, los dhovos lo llevarán a casa —dijo Melissa.

—¿Dhovos? —repitió él, asombrado.

—Sí, son mis amigos y colaboradores. Aquí los tienes.

Stuart ya había reparado en aquellos extraños seres, sin que hiciese ningún comentario para no ofenderlos. En sus andanzas por el espacio, había tratado con gentes de toda clase y aprendido la conveniencia de mostrarse discreto con los extraterrestres, hasta ganarse su confianza. Pero los hombrecitos que tenía delante de sí sobrepasaban a cuanto había visto hasta aquellos momentos.

Realmente, de seres humanos sólo tenían la figura, pero sin rasgos raciales, ni siquiera ojos, ni tampoco dedos en las manos o en los pies. No obstante, las manos le parecieron muy flexibles, capaces de asir cualquier objeto, así como creyó apreciar que los pies, si no eran prensiles, como los de los simios terrestres, podían acomodarse a cualquier accidente del terreno e incluso servir para trepar a los árboles con mayor facilidad.

Los dhovos tampoco llevaban ropajes ni se advertían en sus figuras el menor detalle diferenciador de los sexos. Eran como unas figuritas de barro, de poco más de un metro de altura, construidas por manos infantiles, pero abandonadas antes de ser terminadas. El color de la piel era grisáceo, con un leve vello del mismo color, que le daba un curioso aspecto aterciopelado.

Stuart movió una mano.

—Hola —dijo. Se volvió hacia Melissa—. Es decir, si resulta correcto saludar así…

—No hay inconveniente, aunque basta que lo pienses —respondió ella—. Son telépatas —agregó.

—Melissa, sospecho que Edén II encierra muchas más sorpresas de las que podemos imaginar —exclamó Stuart.

—No te quepa la menor duda. Vamos, por favor.

Momentos después, entraban en la casa. Melissa les condujo hasta la veranda situada junto al acantilado. Stuart meneó la cabeza.

—Créeme —dijo—, ahora comprendo por qué se llama Edén II este planeta.

Ella sonrió complacida.

—Todavía no has visto lo mejor —contestó—. Pero si no les importa, iré a preparar café y unos bocadillos.

—No sentarán mal —admitió Stuart—. Ah, Melissa, por favor, cuando puedas trae los documentos de propiedad.

—Descuida, Jubal.

* * *

Cinco lunas se alzaron sucesivamente en el horizonte en el transcurso de media hora, y su luz se reflejó en las aguas del lago, constituyendo para los terrestres un espectáculo de increíble belleza. A la derecha de la casa, la catarata parecía hecha de hilos de plata. Stuart comprendió entonces el nombre dado al lago.

Laura y Parks se sentían igualmente fascinados por aquella fantástica visión. Laura hubo de confesar que no había en la Tierra nada que se pudiera comparar a aquel panorama.

—Todavía hay cosas más bellas, pero a mi difunto esposo y a mí nos sedujo de inmediato este lugar y aquí nos quedamos —dijo Melissa. Luego se volvió a Stuart—. Bien, Jubal, ¿cuál es tu opinión?

Habían llegado a media mañana. Stuart, tras el desayuno se había enfrascado en el examen de los documentos.

—Son legítimos, no cabe la menor duda, pero a mi entender existe una laguna —contestó—. Las coordenadas espaciales resultan un tanto ambiguas. Mientras viajábamos hacia aquí, examiné a fondo la carta estelar del sector. Aquí hay dos planetas gemelos, Edén II y Krohnor que prácticamente constituyen un subsistema dentro del sistema al que pertenecen. Esa falta de precisión en las coordenadas puede darte un serio disgusto, cuando tu causa se vea ante el UTA.

—Pero mi padre y Peter eran expertos astronautas.

—Querida, la distancia que hay de Edén II a Krohnor es escasamente de cincuenta millones de kilómetros en el perigeo del subsistema binario y de setenta y dos en el apogeo. Prácticamente, giran en una misma orbita; para decirlo de una forma más gráfica, en fila; Edén II en cabeza y Krohnor a continuación. Es decir, el sol del sistema es el centro y los dos planetas son las terminaciones de los radios de una supuesta rueda, ambos de idéntica longitud y con unos movimientos absolutamente iguales en torno a ese sol. Cincuenta millones de kilómetros es mucho, dentro del sistema, pero cuando se piensa en la distancia que hay a la Tierra, ¿Trescientos veinte años luz, esos cincuenta millones de kilómetros representan tanto como la distancia que hay entre dos troncos contiguos de esta casa.

Melissa hizo un gesto de asentimiento.

—Creo que comprendo —dijo—. Los demandantes pueden alegar que el planeta que descubrieron mi padre y Peter fue Krohnor.

—Exactamente —confirmó Stuart—. Por supuesto, no conozco sus intenciones con absoluta precisión, pero después de lo que he visto, casi podría poner la mano en el fuego para saber que se van a basar en lo que he dicho.

—Sería horrible que me despojaran de lo que es mío —dijo Melissa, tristemente.

—Bueno, podría volver a empezar —sugirió Laura—. Usted es muy joven todavía...

Melissa sonrió, mientras miraba a la muchacha.

—Querida, se ve que no conoce Krohnor. Es la antítesis de Edén II, el antiplaneta por excelencia. ¿Se imagina usted el desierto del Sahara cubriendo toda la extensión de la superficie de la Tierra, sin mares lagos ni ríos, ni el menor rastro de vegetación? ¿Es capaz de pensar en la Tierra como una inmensa bola de arena y roca negra?

Laura se estremeció.

—Dios mío, no —exclamó—. Debe de ser algo horripilante.

—Así es Krohnor y ahora que Jubal ha expresado su opinión, creo que los demandantes piensan alegar que el planeta descubierto por nosotros es Krohnor y no Edén II.

—Los documentos son legítimos, pero pueden alegar también que son falsos, es decir, sostendrán ante el tribunal que son una perfecta falsificación, puesto que no se pueden corroborar con la inscripción del registro —intervino Parks.

—Pero no comprendo —dijo Melissa—. Sé positivamente que mi esposo hizo la inscripción.

—Señora —manifestó Parks—, yo mismo, en persona, he examinado el libro de registro. Créame, allí no hay inscripción alguna en favor de usted o de su padre o de su esposo. Y como sospechaba algo turbio, examiné el libro en otro sentido. No hay hojas arrancadas; ni siquiera se desencuadernó para quitar la hoja en que se había hecho la inscripción, de modo que no se notase al encuadernarse de nuevo. Todos los libros del registro tienen un mismo número de hojas y el que podríamos llamar nuestro está absolutamente en orden.

Melissa se volvió hacia su viejo amigo.

—Entonces, Jubal, ¿qué me aconsejas? —consultó, con acento afligido.

Stuart sabía que Melissa y Laura habían conversado largamente durante el día. Por tanto, Melissa estaba ya enterada de todo lo sucedido hasta su llegada a Edén II.

—No tenemos otro remedio que ir a la Gran Catedral y explorar en la parte que teóricamente debe corresponder al ábside. Algo encontraremos allí; no sé qué pueda ser, pero seguramente permitirá resolver tu caso satisfactoriamente —contestó.

Melissa hizo un gesto de aquiescencia.

—Bien, confío en ti, Jubal —dijo—. Tú te encargarás de dirigir las operaciones.

—Conseguiré que Edén II sea tuyo de masera indiscutible —aseguró el joven.

—Señora Vanroot… —dijo Laura.

—Por favor, llámeme Melissa —sonrió la aludida—. ¿Qué es lo que desea?

—Bien, se trata de… es un problema de mera curiosidad. Me refiero a los dhovos… No… no es que les tenga miedo, pero a veces siento algo de aprensión cuando los veo moverse en torno a nosotros, silenciosos, como fantasmas.

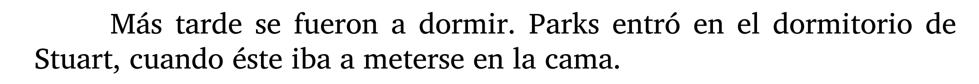
—No tiene por qué preocuparse. Son buenos y leales amigos, y para mí han constituido una valiosa ayuda desde que me quedé sola. Si desea algo de uno de ellos, piénselo, simplemente; el dhovo hará lo que usted le pida.

—¿Hay muchos en Edén II? —preguntó Stuart.

—Aquí hay un grupo compuesto por unos doscientos, pero no todos viven en mi casa. El resto se hallan en los bosques y en los campos de labor. Mañana los verás cuando volemos hacia la Gran Catedral.

—Hemos traído propulsores individuales para todos —dijo Parks.

—No deja de ser una buena idea —sonrió Melissa.



Más tarde se fueron a dormir. Parks entró en el dormitorio de Stuart, cuando éste iba a meterse en la cama.

—Quiero preguntarte algo Jubal —dijo Parks, con acento sibilino.

—¿Qué sucede? —inquirió Stuart, aprensivamente.

—No te alarmes. Es referente a Melissa. Ella vive sola aquí. Tú eres un buen amigo suyo… Pero ¿no te parece que es demasiado joven para tanta soledad? Además, es guapísima.

Stuart sonrió maliciosamente.

—Veo que te ha impresionado —dijo.

—Sí —admitió Parks, con un hondo suspiro—. Pero tú estabas enamorado de ella.

—Donald, eso sucedió hace un millón de años. —Stuart mostró una expresión evocadora—. Ahora es una buena amiga mía, pero nada más, ¿comprendes?

—Desde luego, sí, comprendo perfectamente. Bien, no quiero molestarte más. Buenas noches, Jubal.

Stuart sonrió para sí. Era evidente que Melissa había causado una fortísima impresión en el rudo ayudante. Mentalmente, deseó que su antigua amiga empezase a pensar un poco más en su propio futuro. Todavía era joven para encerrarse en aquella especie de voluntario enclaustramiento. Debía empezar a olvidar su tragedia y tal vez Parks pudiera ayudarla a conseguir el olvido.

CAPÍTULO VIII

Por la mañana, muy temprano, emprendieron el viaje, utilizando los propulsores individuales. A fin de poder volar a mayor velocidad de la normal, llevaban trajes especiales y cascos con máscara, que protegían los rostros del viento originado por una velocidad superior a los cien kilómetros por hora.

Quince minutos después de la partida, rebasado el bosque, avistaron desde lo alto una vastísima extensión de terreno, con toda clase de cultivos. Algunas figuritas se movían en el suelo, realizando los trabajos necesarios en las tierras de labor.

Los cascos llevaban radio individual. Melissa, conocedora del terreno, iba guiando a sus huéspedes, indicándoles, al mismo tiempo, algunas peculiaridades del planeta. Al cabo de cuatro o cinco horas de viaje, Melissa sugirió un pequeño alto.

—La Gran Catedral está todavía a quinientos kilómetros —dijo —. Es muy probable que tengamos que acampar en las inmediaciones, aunque ello no resultará incómodo, ya que llevamos provisiones y el clima es muy benigno.

El primer descanso se hizo en las inmediaciones de un arroyuelo, bordeado por numerosos árboles. Parks preguntó a Melissa si se podía pescar en aquellos parajes.

—Claro que sí —contestó la aludida, sonriendo—. Venga conmigo, Donald.

Melissa y Parks se alejaron. Laura, recostada en la hierba, miró maliciosamente a Stuart.

—A ella le convendría encontrar una pareja —dijo—. Parks podría ser el hombre ideal, ¿no cree?

—Ese es un asunto personal entre ambos, pero todavía es pronto para hacer conjeturas. ¡Si se conocieron ayer!

—Jubal, ¿es que no ha oído hablar nunca del flechazo?

—No sé… Donald se ha sentido siempre un poco acomplejado por su físico. Por eso sigue soltero.

—Bueno, no es un Apolo, pero resulta tremendamente atractivo y muy simpático. Pero ésta no es más que una opinión.

—Y como procedente de una mujer, altamente valiosa —sonrió él.

Pasaron unos minutos. Melissa y Parks se habían perdido en la espesura.

De pronto, brilló un chispazo en las alturas.

Stuart frunció el ceño.

—Me parece que…

Elevó la vista. La cosa que se veía en el cielo tenía una forma inconfundible.

—Laura, me parece que viene gente indeseable —exclamó.

—Hay que avisar a Melissa y a Donald… Use la radio, Jubal.

—Imposible. Sus cascos están aquí.

Stuart volvió a mirar hacia arriba. La nave descendía con aterradora rapidez.

—Laura, pronto, aquí —exclamó él, arrastrándola a la protección de unos frondosos arbustos.

Pero la nave, contra lo que pensaban, no descendió en aquel lugar, sino a algunos centenares de metros de distancia, en un paraje relativamente despejado.

Melissa y Parks vieron el aparato e intentaron escapar. Entonces, dos chorros de una sustancia líquida, que se solidificaba casi en el acto, cayeron sobre ellos.

Inmediatamente, quedaron envueltos por una capa pegajosa,

como de goma muy elástica y enormemente adhesiva, que les impedía la mayor parte de los movimientos. Luego, unas redes descendieron del vientre de la nave y los izaron hasta su interior.

Mientras los subían, Parks tuvo tiempo de hacer una advertencia a la joven:

—Melissa, no diga nada de Stuart ni de la chica.

Ella comprendió en el acto las intenciones del ayudante.

—Descuide, Donald —contestó.

* * *

La astronave era enorme, de dimensiones gigantescas. Una vez a bordo, Melissa y Parks fueron conducidos sin contemplaciones hasta una espaciosa habitación, en la que había una gran pileta llena de líquido.

Dos hombres entraron a continuación, llevando en las manos sendos trajes de una sola pieza.

—Báñense ahí —dijo uno de ellos—. El líquido contiene un disolvente especial, completamente inofensivo para la epidermis. La goma se disolverá en el agua en pocos minutos. Luego cámbiense de ropa.

—Oiga —protestó Parks—, ella es una señora; no se puede bañar delante de un hombre.

La puerta se cerró bruscamente con metálico sonido. Melissa y el ayudante de Stuart quedaron a solas.

—No tienen educación —refunfuñó Parks.

La puerta se abrió de nuevo, inesperadamente. Uno de los esbirros rió con fuerza:

—No se demoren por cortesías mutuas —dijo—. Esa sustancia se convierte en piedra antes de media hora y ya no hay disolvente capaz de quitarla de encima.

—¡Rayos! —exclamó Parks.

Y se tiró de cabeza a la pileta.

Melissa le siguió inmediatamente. Un cuarto de hora más tarde, pudo recobrar la libertad de movimientos.

—Salga usted primero —dijo Parks, a la vez que se volvía de espaldas.

Una vez se hubo cambiado de ropa, Melissa se puso de cara a la pared. Parks terminó de vestirse poco más tarde.

Entonces se abrió la puerta, una vez más.

—Vengan —dijo el mismo sujeto.

La pareja fue conducida a través de un largo corredor, hasta una vasta sala, con grandes ventanales, en donde había dos mujeres. Una de ellas era Zena Moore.

—Bien —dijo Parks—. Parece que ha tomado el mando de las operaciones en persona. ¿Podemos serle útiles en algo?

En el hermoso rostro de Zena no había simpatía alguna hacia la pareja.

—Sabemos que la hija de Brown ha venido a Edén II —contestó —. Debe de estar en alguna parte con Stuart. No deseamos hacerles ningún daño; simplemente, queremos hablar con ella.

—Sí, dadas las circunstancias, es una petición completamente lógica. Lo malo es que no está aquí —sonrió Parks.

Zena se volvió hacia Melissa.

—Usted tiene una residencia —manifestó—. ¿Se han quedado allí?

Melissa apretó los labios.

—No tengo nada que decir —contestó, fríamente.

—Muy bien. Voy a darles veinticuatro horas exactamente para que se lo piensen. Podría emplear ciertos métodos para obligarles a hablar, pero prefiero que reflexionen. Aunque no lo crean así, no soy partidaria de verter sangre.

—Podría preguntárselo a Emma Duke o a Bill Brown. Ellos, sin duda, tendrían una opinión muy distinta —dijo Parks.

—Prefiero los buenos modales —insistió Zena—. Recuerden, tienen veinticuatro horas para meditar.

Zena hizo un gesto con la mano. Dos de sus esbirros, ambos armados con sendas pistolas que disparaban proyectiles electrocutantes, se llevaron a la pareja a otra cámara, con dos literas y un cuarto de baño.

—Más tarde les traeremos comida —dijo uno de los sujetos al despedirse.

Parks y Melissa quedaron solos de nuevo. Ella, desalentada, se sentó en una de las literas.

—¿Qué haremos ahora, Donald? —se lamentó.

Parks se acercó a la única lucerna de la estancia, un círculo de unos cuarenta centímetros de lado, cuyo vidrio poseía un grosor excepcional. Miró hacia afuera y calculó la distancia de la nave al suelo.

—Esperemos a la noche —respondió.

* * *

—No acabo de entender por qué hemos vuelto a la casa —dijo Laura.

Stuart revisó las armas que había traído desde la astronave.

—Es bien sencillo —contestó—. Donald y Melissa han sido secuestrados. Tarde o temprano, alguien vendrá a esta casa. Le haremos un recibimiento adecuado.

—¿Y si no vienen?

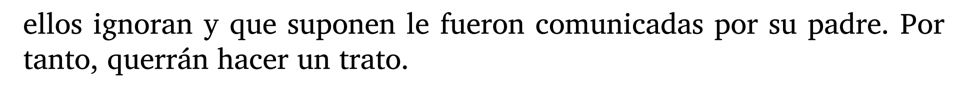
—Vendrán. El objetivo, paradójicamente, es usted.

—¿Yo? —se asombró la joven.

—Sí —confirmó él.

—El planeta pertenece a Melissa.

—Laura, su padre murió asesinado. Ellos sabían que él podía comprometer su operación. Ahora piensan que usted conoce cosas que


ellos ignoran y que suponen le fueron comunicadas por su padre. Por tanto, querrán hacer un trato.

—¿Qué clase de trato?

—La libertad de Melissa y de Donald a cambio de los informes que usted pueda proporcionarles —respondió Stuart.

—¡Insisto en que yo sé tanto como usted! —exclamó la muchacha.

—Bueno, pero es que pasa una cosa. Yo sé que usted dice la verdad. Pero ellos no lo creen así. ¿Lo entiende ahora?

Un tanto furiosa, Laura cruzó los brazos bajo el seno.

—No sé qué pueden conseguir con ese secuestro —dijo.

—Nada pero ¿por qué quitarles la ilusión? —contestó Stuart, de buen humor.

Uno de los dhovos pasaba por delante de ellos en aquel momento. Stuart le llamó mentalmente:

«Por favor, ¿quieres traernos un poco de café?»

«Sí.»

El nativo se alejó. De pronto, emitió un mensaje telepático:

«Viene alguien.»

—Laura, ya están ahí —exclamó Stuart.

Ella se quedó atónita.

—¿Cómo lo sabe?

—He hablado mentalmente con el dhovo. Vamos, procure mantener la serenidad. Y déjeme hablar, ¿estamos?

Stuart se asomó a la puerta de la fachada que daba a las colinas boscosas. Volando casi a ras de las copas de los árboles, se acercaba una pequeña nave, de afilada proa, con alas apenas perceptibles y doble timón de cola.

—Es uno de los botes salvavidas de la nave, muy cómodos y manejables para vuelos subatmosféricos —explicó.

«¿Traigo el café?», consultó el dhovo.

«Por supuesto. Es preciso ser cortés con los huéspedes.»

«Ten cuidado. No tienen buenas intenciones.»

«Sí, me lo imagino.»

El dhovo se alejó. Momentos después, la navecilla tomaba tierra a poca distancia de la casa.

Tres personas se apearon: una mujer y dos hombres. Stuart arqueó las cejas al reconocer a Carla Baker.

* * *

Flanqueada por sus acompañantes, Carla se detuvo ante la entrada posterior y apoyó ambas manos en sus exuberantes caderas.

—Traigo un mensaje de Zena Moore —declaró.

Stuart movió la mano izquierda.

—Será mejor que entres y me lo digas ante una taza de café —contestó.

—Muy bien. Vamos, chicos.

Carla subió los escalones que conducían a la puerta. Stuart contempló unos instantes los rostros de los dos acompañantes, a quienes conocía de sobras.

—Ellos se quedan fuera —dijo.

—Vienen conmigo.

—Llegas como parlamentario, Carla —atajó Stuart, rápidamente—. Por tanto, no debes temer nada de mí, ni de ninguno de los habitantes de esta casa. Tu vida será respetada escrupulosamente, hasta después de la conversación que vamos a sostener. Cualquiera que sea el resultado, podrás irte libre después. Más adelante, veremos, pero Thiher y Mellan se quedan fuera.

—Está bien. Ya lo habéis oído, chicos —dijo Carla, sin mirar a sus espaldas—. ¿Dónde está Laura? —preguntó, mientras franqueaba el umbral de la entrada.

—Ahora la verás. Por cierto, ¿qué tal el viajecito de cuarenta y

ocho horas?

Carla emitió un bufido. Stuart lanzó una risita.

—Veo que no has escarmentado —añadió.

—Es mi oficio —rezongó ella.

—Con Zena, peligroso. Recuerda a Tuck Cari.

—Lo tengo muy presente en todo momento, descuida.

Laura estaba en la veranda que daba al lago, con el servicio de café a punto.

—Aunque no la conoces personalmente, has oído su nombre —dijo Stuart—. Esta es Carla Baker.

—No puedo decir que me sienta encantada de conocerla, señora —declaró Laura, ácidamente—. Pero ello no me impide ofrecerle una taza de café.

Carla tomó la taza con el plato, un tanto desconcertada.

—La chica tiene desparpajo —comentó, burlona.

—No más que tú —dijo Stuart—. Bien, ¿por qué no lo sueltas, Carla?

—Sí, ya es hora. Parks y Melissa están en nuestro poder. Tienen veinticuatro horas de vida, a menos que la señorita Brown nos diga dónde está.

—¿Dónde está, qué? —preguntó la aludida.

—Eso que ha venido a buscar aquí. Usted sabe de sobra qué es, de modo que no vale la pena se haga la ignorante —replicó Carla, con frío acento.

—Es que no lo sé…

—Señorita, hace unos cuatro años, su padre vino a este planeta y no precisamente como turista. Trajo algo y lo escondió. Eso es lo que queremos nosotros.

—Estáis bien informados, Carla —terció Stuart.

—Nos pagan para ello —contestó la visitante, orgullosa.

—Sí, pero no sabes a ciencia cierta qué es lo que escondió aquí

el señor Brown.

Carla movió la mano hacia Laura.

—Ella lo sabe —dijo—. Puede que no le importe en absoluto las vidas de tu amigo y de Melissa, pero a ti sí te importan. Por tanto, espero uses tus reconocidas dotes de persuasión, para convencerla de que debe hablar. A propósito, he visto tu nave ahí fuera. Usa la frecuencia uno-cero-cinco para llamarnos por la radio cuando ella haya tomado una decisión.

Carla apuró el café de su taza, se limpió los labios con la servilleta y se dirigió hacia la puerta.

Una vez allí, se detuvo y consultó su reloj.

—Son las cinco y veinte minutos de la tarde —dijo—. Las veinticuatro horas empiezan a contar a partir de este preciso instante.

Segundos después, Laura y Stuart se quedaban a solas. Ella, de repente, se echó a llorar.

CAPÍTULO IX

—¡Pero si no sé qué es ni dónde está! —exclamó Laura, llena de aflicción.

Stuart tenía el ceño fruncido.

—Lo único que podríamos hacer es ganar tiempo, entregándoles la fotografía que tu padre tomó de la Gran Catedral. Pero me parece que no creerían que ésa es la única pista que poseemos.

—Entonces, ¿qué podemos hacer? —preguntó ella.

Hubo un instante de silencio.

Luego, Stuart dijo:

—Yo podría volar hasta las inmediaciones de la nave, pero lo malo es que no sé dónde está. Si uso un propulsor individual, ellos pueden detectarme a gran distancia, mucho antes de que yo vea su nave.

—Puede volar a ras del suelo.

—Sería inútil. Sólo podría hacerlo, si supiese el lugar exacto del punto de aterrizaje. Pero como lo ignoramos, es preciso volar a gran altura, para dominar una mayor extensión de terreno, lo cual, lógicamente, facilita la detección.

El dhovo llegó en aquel momento y empezó a recoger el servicio de café.

«Noto presencias extrañas cerca de la casa», dijo mentalmente.

«¿Hacia dónde?», preguntó Stuart con rapidez.

«Fuera, en el bosque.»

El dhovo se marchó. Stuart lanzó una mirada hacia la muchacha.

—No juegan limpio —dijo.

—No se puede esperar decencia en quien no la ha conocido jamás —respondió Laura, críticamente,

Stuart entró en la casa y se dirigió al despacho de Melissa, en donde encontró unos prismáticos. Luego se situó en una de las ventanas delanteras, con las cortinas casi completamente corridas.

Laura estaba a su lado. Al cabo de unos minutos, Stuart dijo:

—Los he localizado. Sí, son Thiher y Mellan.

—¿Qué hacen allí? —preguntó Laura, llena de curiosidad.

—Carla los ha dejado, después de simular que se alejaba. A la noche, esos dos tipos vendrán a secuestrarla a usted.

—Pero entonces, no piensan esperar al final del plazo...

—Nunca creí que cumplieran su palabra. —Stuart bajó los prismáticos—. Bien, cuando vengan, les daremos una buena sorpresa.

—¿Qué es lo que piensa hacer, Jubal?

Stuart sonrió maliciosamente.

—Pronto anochecerá —contestó, evasivo.

La noche caía con rapidez. Parks seguía junto a la lucerna, contemplando silenciosamente el paisaje que contorneaba la nave.

—Melissa, tenemos que escapar de aquí —dijo.

Ella le miró ansiosamente.

—¿Se le ha ocurrido alguna idea? —preguntó.

—Tengo una, pero no me gustaría marcharme con las manos vacías —contestó Parks.

—¿Qué es lo que quiere decir?

Antes de que Parks pudiera dar su respuesta, se abrió la puerta. Tres hombres uno de los cuales era portador de una bandeja con

comida, aparecieron en el umbral.

Los otros dos iban armados y tenían sus pistolas en las manos.

—Están muertos de miedo —se burló Parks.

Ninguno de los sujetos contestó. El que traía la comida dejó la bandeja sobre una mesa y se retiró inmediatamente. Parks y Melissa volvieron a quedar solos.

—Bueno —dijo él—. Lo mejor será llenar el buche.

De pronto, sonaron algunos gritos de alarma. Los prisioneros se contemplaron mutuamente.

Parks corrió junto a la lucerna.

—¡Melissa! —llamó.

La joven se reunió con Parks. Una exclamación de asombro brotó de sus labios en el acto.

De todas partes acudían centenares de dhovos, silenciosos, hieráticos, congregándose en espeso círculo en torno a la nave. Al verlos, Melissa no pudo por menos de lanzar un grito de alegría.

—¡Vienen a salvarnos!

Parks torció el gesto.

—Melissa, si puede comunicarse con ellos, dígales que se vayan inmediatamente. Aquí, en esta nave, hay armas suficientes para causar una espantosa matanza. Esta gente no tiene escrúpulos, compréndalo.

La puerta de la cámara se abrió repentinamente. Zena apareció en el umbral.

—¡Señora Vanroot! —gritó—. ¡Si esos horribles seres son amigos suyos, dígales que se vayan inmediatamente o los exterminaremos!

—¿Tanto miedo les tiene? —preguntó Melissa, burlona.

—Escuche, éste es un asunto entre terrestres exclusivamente. Dejemos a los nativos a un lado. Saiga fuera y hábleles.

Melissa se cruzó de brazos.

—¿Qué pasaría si me negase? —preguntó, desafiadora.

Parks lanzó una mirada a través del ojo de buey. El número de

dhovos aumentaba sin cesar.

—Si se niega, la mataré —dijo Zena.

Parks extendió una mano.

—No será necesario llegar a límites extremos. Ahora mismo, la señora Vanroot pedirá a sus amigos que se marchen. ¿Melissa?

Melissa se volvió hacía su acompañante. Parks hizo un gesto afirmativo.

—Está bien —cedió ella.

«Gracias por vuestra ayuda, pero debéis iros. No quiero que os hagan ningún daño por mi culpa. Yo estoy bien.»

Silenciosa y disciplinadamente, los dhovos empezaron a marcharse. A los pocos minutos, la explanada quedaba vacía.

Zena sonrió.

—Así está mejor —dijo.

La puerta se cerró de nuevo. Los prisioneros volvieron a quedarse solos.

—Melissa, ¿qué tal si cenásemos? —propuso Parks—. Luego habrá un poco de jaleo y será preciso contar con todas las energías.

Ella le dirigió una mirada inquisitiva. Parks le entregó un plato con fiambres y un tenedor.

—Sí, habrá un poco de jaleo —insistió.

* * *

Agazapado junto a una de las ventanas, Stuart aguardaba pacientemente. La casa estaba completamente a oscuras, y desde el exterior, ofrecía un aspecto de absoluto reposo.

Dos sombras se acercaron cautelosamente al edificio. Stuart se situó junto a la puerta.

Thiher tanteó el pomo y lo hizo girar con gran lentitud. La puerta se abrió poco a poco.

Stuart dejó que entrase el primero de los esbirros. Luego, cuando Mellan hubo franqueado el umbral, atacó furiosamente, lanzándolo contra su compinche.

Mellan cayó sobre Thiher, a quien derribó al suelo. Stuart encendió las luces con la mano izquierda.

Sonaron algunas maldiciones. Mellan se revolvió y apuntó al joven con su pistola. Stuart disparó la suya una fracción de segundo antes. El proyectil electrocutante alcanzó su blanco.

Un cuerpo humano se contorsionó horriblemente. Brotó una columnita de humo del punto de impacto, pero se disipó con gran rapidez. Mellan se quedó quieto.

Todavía tendido de espaldas en el suelo, Thiher separó las manos del cuerpo.

—¡No tire! —gritó rápidamente.

Stuart sonrió.

—Ignoráis muchas cosas de Edén II —dijo—. Anda, ponte en pie.

El sujeto obedeció. Laura apareció en aquel momento, envuelta en una bata.

—¡Jubal! ¿Qué ha pasado? —exclamó, muy alarmada.

—Ha pasado exactamente lo que debía pasar —contestó él.

Laura fijó la vista en el cadáver y se estremeció.

—No lo lamente —dijo el joven—. Esta clase de tipos suelen acabar así. Pero tenemos uno vivo y éste nos va a indicar dónde está la nave que les ha traído desde la Tierra.

—Puedo negarme —exclamó Thiher.

—Después de lo que has visto ¿te atreverás a callar?

Los ojos de Thiher contemplaron unos segundos la horrible expresión del rostro de su compinche. Un escalofrío recorrió su espalda.

—No, no callaré —dijo, completamente vencido—. Se lo diré.

—Con lo cual, demuestras tu sensatez, porque ello te va a permitir seguir con vida —sonrió Stuart.

Parte de la luz de los satélites entraba por la lucerna. Parks había trabajado de firme durante largo rato. Pasadas las dos de la madrugada, dio su labor por terminada.

—Estoy listo, Melissa —anunció.

El rostro de la joven era una mancha blanca en la penumbra del camarote.

—Muy bien —dijo.

Parks se acercó a la puerta y tocó en ella con los nudillos.

—¡Eh! —llamó.

Alguien contesto al otro lado,

—¿Qué pasa?

—La dama. No se encuentra bien. Tiene jaqueca.

El centinela emitió un gruñido.

—Esperen un momento —dijo.

Parks se volvió hacia Melissa y le guiñó un ojo. Ella estaba situada junto a la puerta, con la mano sobre _el interruptor de la luz. Parks tenía en las manos un conductor eléctrico, cuyos cables, separados momentáneamente, habían sido despojados del aislante.

Pasaron algunos minutos. La puerta se abrió al fin. Una mano asomó, con una cajita sujeta por dos dedos.

—Aquí están los analgésicos.

—¡Ahora, Melissa!

Ella presionó el interruptor, en el momento en que Parks apoyaba los terminales del cable en la mano del vigilante.

~Se oyó un rugido. El hombre saltó convulsivamente, a la vez que se producía un fuerte chispazo.

Parks concluyó la tarea con un tremendo golpe a la mandíbula del centinela. La descarga eléctrica no había sido demasiado intensa, aunque sí había servido para arrebatar la iniciativa al centinela. Segundos después, Parks se apoderaba de una pistola de proyectiles barrenadores.

—Vamos, Melissa.

En el interior de la astronave reinaba un profundo silencio. Sigilosamente, Parks y la joven recorrieron el pasillo, hasta llegar a una puerta, en la que se leía un rótulo significativo.

—Vamos a darles una buena sorpresa —dijo Parks.

Aquella puerta conducía al cuarto de primer control de los motores antigravedad. Parks abrió y encendió la luz.

Había una consola de mando, cuya tapa levantó en el acto. Después de mover el interruptor general metió la mano, asió un puñado de cables y pegó un fortísimo tirón.

Los cables se partieron. Parks tiró dos veces más y arrancó las dos mitades de cada grupo de cables. A continuación, buscó una caja de herramientas.

Había una llave inglesa automática. Parks la utilizó para soltar las tuercas que sujetaban la consola al pavimento de la cámara. En menos de un minuto, cuatro enormes tuercas quedaron fuera de su sitio.

Volcó la consola y arrancó más cables y sacó un puñado de fusibles, que pateó con furia. Luego, con la misma llave inglesa, rompió todos los indicadores. Melissa se sentía estupefacta; Parks era el mismo espíritu de la destrucción.

Todavía había más cables en el suelo, perdiéndose a través del hueco que había dejado la consola. Parks, con una fuerza que asombró a la joven, los arrancó también. Luego, de pronto, encontró algo que le hizo sonreír.

Era un poderoso soplete, con el que fundió el vidrio de la lucerna, dejando los bordes completamente limpios. Una vez libre el paso, agarró los cables y los instrumentos destrozados y los lanzó a través del hueco. La consola siguió el mismo camino, ya que la lucerna era de mayores dimensiones que la de la cámara donde habían permanecido encerrados hasta aquel momento.

Pero Parks no había dado su tarea por terminada. Arrodillándose, metió el soplete. Dio el máximo de potencia y una llama de más de dos metros abrasó y fundió gran parte de los metales y de los restos de cables que se perdían en el interior de la nave. Finalmente, dejó el soplete encendido en el mismo hueco y se puso en pie.

—Vamos, Melissa.

Ella se sintió como una pluma cuando dos fuertes manos la izaron a pulso, haciéndola pasar a través de la abertura. Melissa se dejó resbalar por el pulido costado de la nave, tocando tierra sin daño alguno, dada la poca altura que había desde la lucerna. Parks se reunió con ella instantes más tarde.

—Donald, es usted devastador —comentó la joven, dirigiéndole una penetrante mirada.

—Esa nave ya no es más que un montón de chatarra —rió él. Alargó su mano y tomó la de Melissa—. Será mejor que movamos las piernas —añadió. Echaron a correr. La nave continuaba silenciosa. Minutos después, alcanzaron el lindero del bosque. Entonces, bruscamente, dos personas les cerraron el paso.

CAPÍTULO X

—Parece increíble —dijo Stuart, pasmado de asombro, cuando Melissa hubo relatado las hazañas de Parks.

—Bueno, tú ya me conoces —sonrió el ayudante—. Lo único que necesitaba era una ocasión propicia.

—Ahora, la nave ha quedado completamente inservible —dijo Melissa.

—Sí, pero tienen los botes —intervino Laura, no demasiado optimista, pese a lo sucedido.

—Eso es muy cierto —convino Stuart—. Sin embargo, es posible que se vean obligados a pactar.

—¿Pactar? Todavía tienen muchos triunfos en la mano —alegó Parks.

—Bueno, ellos pueden intentar la captura de nuestra nave. Pero si lo hacen se encontrarán que he retirado la caja de la conexión básica y que no hay otra de repuesto. Por tanto, no pueden hacerla volar. Y Zena no es mujer a quien le guste quedarse aquí para siempre.

—Jubal, está demostrado que esa gente no respeta los acuerdos —dijo Laura—. Recuerde los dos hombres que Carla dejó atrás.

—Lo sé. Por eso mismo ya no volvemos a casa de Melissa.

—Entonces, ¿qué vamos a hacer? —preguntó la mencionada.

—He traído propulsores individuales para vosotros. En uno de

ellos, con el mecanismo en automático, sujeté un saco con dos tiendas y comida para varios días. Por tanto, ahora mismo vamos a emprender el vuelo hacia la Gran Catedral.

—No es mala idea. —Parks se frotó el mentón—. Tendremos que volar de noche.

—Oh, la Gran Catedral está sólo a doscientos kilómetros —exclamó Melissa—, Podemos llegar en un par de horas, antes de que amanezca.

—Bien, entonces, ¿a qué aguardamos? —sonrió Stuart.

Segundos más tarde, cuatro propulsores individuales alzaban el vuelo. Protegidos adecuadamente, Stuart y sus amigos volaron a la máxima velocidad, guiados por Melissa, conocedora del terreno.

Un par de horas después, Melissa señaló con la mano una masa oscura que emergía de la llanura.

—Allí está la Gran Catedral —exclamó, a través de la radio.

Stuart miró hacia abajo. El suelo era casi completamente llano, con algunas ondulaciones y manchas irregulares de verdor. Un gran río serpenteaba a través de la planicie, y en la noche, parecía una cinta de plata.

—Será mejor que busquemos un lugar para establecer el campamento —propuso.

Minutos después, ponían el pie junto a la base de uno de los primeros contrafuertes de la enorme mole montañosa. Stuart buscó una ancha grieta, en la que encontró una especie de saledizo, como una marquesina, de gran amplitud, con el suelo cubierto de finísima arena. El saliente les protegería de las vistas aéreas.

La luz aumentaba rápidamente. Al salir el sol, los primeros rayos dieron de lleno en el colosal macizo rocoso. Stuart se quedó estupefacto al contemplar el fantástico panorama.

—Sí, parece realmente una catedral —musitó Laura a su lado.

Había dos altísimas torres, casi gemelas, de más de ochocientos metros de altura, sobrepasando ampliamente el conjunto de rocas sobre las que se apoyaban. Desde aquel lugar, les parecía hallarse frente a una fachada, en donde la piedra había sido tallada por la naturaleza, a lo largo de incontables siglos, produciendo extrañas formas de singular belleza. En la Tierra, pensó Stuart, aquel lugar

habría sido un atractivo turístico de primera magnitud.

Al otro lado de las grandes torres gemelas, de forma cónica, muy alargada, se divisaban otras formaciones rocosas. Pero la visión del conjunto resultaba defectuosa, debido a la posición que ocupaban.

—Vamos a instalar el campamento —dijo Stuart, al cabo de unos momentos—. Luego realizaremos el primer vuelo de exploración.

—Es posible que tengamos que retrasarlo —manifestó Parks, a la vez que tendía el brazo hacia lo lejos—. Zena y sus secuaces no han perdido el tiempo.

Stuart volvió la cabeza. A lo lejos pero acercándose rápidamente a la montaña rocosa, se divisaban dos puntos brillantes.

* * *

Los botes salvavidas evolucionaron sobre la grieta. Movidos por generadores de antigravedad, su vuelo resultaba absolutamente silencioso. Tan sólo se percibía un ligero silbido cuando su velocidad era muy elevada.

Las dos mujeres quedaron bajo el saliente rocoso. Stuart procuró situarse en un punto desde donde pudiera ver sin ser visto. En la mano tenía una pistola de proyectiles helicoidales.

—No harás nada con eso —dijo Parks, situándose a su lado, con otra arma similar.

—Depende —contestó él—. Mira el manómetro, Donald.

—Está a cien, Jubal.

—Puedes llegar a ciento cincuenta. Resulta un tanto arriesgado, pero no tenemos opción. Es posible que ellos dispongan de cohetes.

—Sí, seguro.

De pronto, una de las naves picó raudamente. Stuart y Parks, agazapados tras una roca, observaron con aprensión el vuelo del aparato.

La nave descendió hasta unos cincuenta metros del suelo, refrenando la velocidad al mismo tiempo. A través del morro

transparente, Stuart pudo divisar un par de figuras en el interior del vehículo.

Súbitamente, la nave retrocedió, a la vez que ganaba altura. Al mismo tiempo, se abrieron dos pequeñas compuertas debajo del morro.

—¡Ahora, Donald! —gritó el joven.

Las dos pistolas dispararon a un tiempo. Dos proyectiles, impulsados por la descarga de aire a ciento cincuenta atmósferas, volaron con increíble velocidad.

Uno de ellos alcanzó el morro transparente, lo perforó y se clavó en el cuerpo de uno de los tripulantes. El otro penetró a través de una de las compuertas.

Un enorme relámpago se produjo en el mismo instante, seguido de una atronadora explosión. El bote se deshizo en mil pedazos metálicos, que cayeron al suelo como lluvia de metal brillante. Dos cuerpos humanos voltearon en el aire unos segundos, antes de estrellarse contra la tierra.

El segundo bote se alejó, virando ceñidamente. Alcanzó los quinientos metros, viró de nuevo y disparó dos cohetes. Cuando los proyectiles estaban todavía en vuelo, inició un nuevo viraje y se perdió a lo lejos a toda velocidad.

Los cohetes, disparados precipitadamente, estallaron con gran fragor, aunque inofensivamente, a unos doscientos metros de distancia. Stuart y Parks se incorporaron, pasado el peligro.

—No comprendo —dijo el ayudante—. ¿Por qué han escapado?

—Sospecho que tenían miedo —contestó Stuart—. Hemos derribado uno de los botes, pero no han visto los proyectiles. Tal vez piensan que disponemos de un arma secreta.

Parks soltó una atronadora carcajada.

—Si supieran la verdad...

—Más vale así —dijo Stuart.

Laura y Melissa se acercaron a los dos hombres.

—Ha pasado el peligro —dijo la primera.

—Sólo momentáneamente —respondió Stuart. De pronto, se fijó

en los dos cuerpos que yacían fuera de la grieta—. Ven conmigo, Donald.

Uno de los cadáveres, de aspecto poco agradable, pertenecía a un hombre. El otro era el de Carla Baker.

—Un final poco deseable para una mujer no fea del todo —comentó el ayudante.

—Sí, pero es el final que suelen tener todos los que trabajan en la All Services. Bien, no podemos dejarlos aquí, aunque no sea más que por propia conveniencia, Donald.

—Pero no tenemos palas.

—Los llevaremos lejos y los cubriremos con piedras. Es lo único que podemos hacer.

* * *

Una hora más tarde, cuatro figuras alzaban el vuelo en dirección a las gigantescas torres de piedra. El espectáculo, visto desde la altura, resultaba todavía más espectacular. Aquella inmensa mole rocosa, de contornos redondeados por la erosión a lo largo de millares de siglos, era, sin duda, el resultado de alguna gigantesca convulsión plutónica, producida en el amanecer de los tiempos.

En algunos puntos, los farallones eran completamente verticales y se desplomaban a lo largo de cientos de metros. Pero apenas habían rebasado las dos torres principales, vieron un enorme conglomerado de rocas, de forma vagamente alargada, rematado al final, mil quinientos metros más lejos, por una gran formación rocosa, de contornos aproximadamente semiesféricos.

—Bueno —dijo Stuart—, ahí tenemos el ábside de la catedral. Propongo tomar tierra en la cumbre.

Momentos después, ponían el pie sobre la roca, a unos cuatrocientos metros sobre la llanura. Aquella gigantesca semiesfera, de pendientes aparentemente suaves, tenía una superficie mucho más irregular de lo que parecía vista desde las alturas.

Stuart calculó el diámetro de la base en unos quinientos metros. La enorme extensión de terreno que debían explorar le desalentó en

un principio.

La roca no era absolutamente lisa. Había grietas y hoyos producidos por la erosión.

—Y aun así, no sabemos si el maletín está a ras del suelo, bajo algún arbusto o enterrado en la arena —dijo melancólicamente.

Parks palmeó sus hombros.

—No te desanimes, chico —exclamó, con jovial acento—. Tenemos todo el tiempo para nosotros. Mira, Melissa y yo exploraremos por el Norte y el Oeste. Vosotros dos podéis ir por el lado opuesto. ¿Te parece bien?

Stuart asintió. Las dos parejas se separaron.

Era preciso moverse con cuidado. El menor paso en falso podía hacerles rodar hasta la llanura. Podían caminar sin grandes dificultades, pero poniendo el máximo de atención. Aunque la pendiente en curva no resultaba excesiva, una caída resultaría fatal.

Durante largas horas recorrieron la mole rocosa, sin el menor resultado.

—Un maletín de metal no se puede esconder tan fácilmente —dijo Stuart, frustrado, cuando ya se disponían a regresar al campamento.

—Tenga paciencia —dijo Laura—. Mañana podemos reanudar el trabajo. En realidad, ¿tenemos otra cosa que hacer?

Stuart asintió a regañadientes. Por la noche, apenas si pudo dormir, concentrada su mente en el maletín y en la clave que permitiría abrirlo. Al fin, rendido, logró conciliar el sueño, pero su mente siguió trabajando con gran actividad en el problema.

De pronto, despertó. Asombrado, comprobó que los otros estaban ya moviéndose por el campamento.

—Te has dormido, compadre —dijo Parks, alegremente.

—Estuve desvelado mucho rato —contestó él.

—¿Las preocupaciones? —inquirió Melissa.

—Digamos más bien la clave de la cerradura del maletín. Me parece que la he encontrado.

— Eso sería estupendo —exclamó Laura—. ¿Cuál es la clave?

Stuart sonrió enigmáticamente.

—Voy al río a bañarme —contestó—. Ya hablaremos de eso cuando hayamos encontrado el maletín.

* * *

Nuevamente se habían separado las dos parejas, para recorrer con toda minuciosidad la gran semiesfera de piedra, procurando detenerse en los lugares donde parecía posible esconder un maletín blindado. De vez en cuando, Stuart se inclinaba y golpeaba con los nudillos alguna roca que atraía su atención particularmente. Movió bastantes y las hizo rodar por la pendiente pero cuatro horas después de iniciada la tarea, no habían conseguido aún ningún resultado práctico.

Cerca del mediodía, se reunieron en la cúspide para tomar un poco de alimento, a la vez que hacían un más que necesario descanso. Laura trajo un par de cantimploras con agua y la bolsa de la comida, que puso sobre un saliente en forma de losa, de poco más de un metro cuadrado.

La temperatura era agradable y el sol no molestaba excesivamente. Mientras comían, comentaron los sucesos de que habían sido protagonistas. Parks era de la opinión de estar vigilantes en todo momento.

—Zena no es de fiar —dijo—. Incluso creo que nos está vigilando desde gran distancia.

—Sí, posiblemente —admitió Stuart.

Laura se sobresaltó.

—Pero no vemos nada.

—Ella dispone, de seguro, de algún catalejo. También puede emplear la cámara de televisión, con visor telescópico. Lo que sobran son sitios para esconderse y vigilar sin ser visto.

—Lo que yo no acabo de comprender es qué conseguiremos si encontramos el maletín —dijo Melissa—. ¿Qué pudo esconder su padre en él, Laura?

La muchacha hizo un encogimiento de hombros.

—Lo ignoro por completo, pero basta recordar lo ocurrido, para saber que a Zena le interesa tanto como a nosotros —respondió.

—Digamos más bien a Hunkvora y a su socio Vratt —puntualizó Stuart—. No debemos olvidar en ningún momento que Zena actúa para esos dos pájaros de presa.

—Si nos quita el maletín, el resultado será el mismo —dijo Melissa—. No importa quién se lo lleve si yo pierdo todos los derechos sobre Edén II. El planeta me gusta extraordinariamente, pero pienso, sobre todo, en los dhavos. Las gentes sin escrúpulos los exterminarían en pocas semanas.

—Son telépatas. Pueden defenderse con la mente —alegó Stuart.

Melissa hizo un gesto negativo.

—La telepatía no tiene que ver nada con la potencia mental —contestó—. En este aspecto, son tan débiles como niños recién nacidos.

—¿De qué viven? —preguntó Laura—. Porque no les he «visto comer.

—Una vez al día, pero por la noche se inmovilizan y emiten una especie de raíces que penetran profundamente en el suelo —explicó Melissa—. Están así unas cuatro o cinco horas, absorbiendo las sustancias minerales de la tierra. Cuando se notan satisfechos, repliegan los radículos y se tienden a descansar. La eliminación de los residuos se produce por sudoración, durante el sueño. Al despertar se dan un baño y ya están listos para trabajar de nuevo. Y, créanme, no paran un momento durante el día.

—Pero no son muchos —dijo Laura.

—Cálculo que unos centenares de miles. Nunca se lo he preguntado, por otra parte.

Stuart se apoyó en la losa para ponerse en pie.

—Será mejor que volvamos al trabajo —exclamó—. ¡Eh! —gritó de pronto—. ¡Esta piedra se mueve!

CAPÍTULO XI

La conversación se suspendió instantáneamente. Stuart apoyó la mano un par de veces más. La losa se movía si se hacía fuerza sobre ella en determinada posición.

—A ver si... —musitó, pero sin atreverse a completar la frase.

—Vamos, Laura, quitemos las cosas de la piedra —dijo Melissa, vivamente.

Parks se arrodilló para mirar por el borde inferior.

—Puedo meter la mano, pero es demasiado pesada para levantarla, aunque sea uniendo las fuerzas de los cuatro —dijo.

—¡Espera, tengo una idea! —exclamó Stuart—. Ven, Donald.

Parks se alejó con su amigo. Momentos después, regresaban con sendos propulsores individuales.

—Vamos a ver si los enganchamos en uno de los bordes. Estos aparatos podrían levantar hasta una tonelada de peso cada uno.

La dificultad estribaba en sujetar los arneses a la piedra, pero Parks, hábil en los trabajos manuales, solucionó el problema enganchando las hebillas de los arneses a sendos salientes situados en uno de los bordes. Luego, los dos hombres a una accionaron los mandos de los propulsores, que empezaron a elevarse de inmediato.

La piedra crujió. Laura se tumbó en, el suelo.

—¡Veo el maletín! —gritó.

—Un poco más, Jubal —dijo Parks.

—Laura, meta la mano rápidamente —pidió Stuart.

Había ya un espacio de unos quince centímetros. Laura alargó el brazo y consiguió agarrar el asa.

—Ya lo tengo —dijo, a la vez que retrocedía vivamente.

En el mismo instante, se rompieron los arneses y la losa cayó con seco golpe. Los dos propulsores salieron disparados a lo alto perdiéndose de vista en contados segundos.

—Los hemos perdido —se lamentó Melissa.

—No importa —sonrió Stuart—. A fin de cuentas, hemos conseguido lo principal. Y me parece a Laura no le importará que yo la lleve en brazos durante el viaje de vuelta.

Laura se ruborizó intensamente.

—Si no hay otro remedio...

—A Melissa no le importará ser transportada por Donald —dijo el joven, malicioso—. ¿O sí?

Melissa no contestó, aunque sí llegó a sonreír ligeramente. Pero luego puso la vista en el maletín metálico y la sonrisa se borró de sus labios.

—Ahí hay una bomba —dijo—. Jubal, ¿cómo piensas evitar la explosión?

—Abriéndola con la clave ideada por el padre de Laura, claro.

—Pero no la conocemos —exclamó la aludida.

—Creo que yo la he encontrado. No es que haya dormido con almohada, pero el resultado ha sido el mismo.

—Jubal, no irás a decirme que has tenido un sueño revelador —masculló Parks.

—Pues yo creo que sí, que eso es lo que ha pasado. Escuchen todos: la combinación es de siete cifras. No sabemos cuáles son, en apariencia, pero tenemos una base para encontrarlas. Esa base está en el mensaje que el señor Brown escribió al otro lado de la fotografía que dejó en su casa. «Busca en el ábside.» ¿Lo recuerdan?

—Esa frase tiene quince letras, Jubal —adujo Laura.

—La palabra ábside tiene seis solamente. Y cada cifra corresponde al lugar que las letras de esa palabra ocupan en el orden alfabético gramatical.

Laura se puso una mano en la boca.

—Entonces, ¿cómo pueden ser siete cifras?

—La combinación es uno-dos-dos cero-nueve-cuatro- cinco. La letra S es la vigésima del alfabeto, por eso le corresponden los guarismos dos-cero, del número veinte. ¿Está claro?

Parks se sopló las yemas de los dedos, y se arrodilló junto al maletín.

—Bueno, váyanse —dijo—. Si esto explota, no debe matar más que a uno solo de nosotros.

—Yo me quedo —exclamó Laura, resuelta.

—Y yo no voy a ser menos, puesto que, en parte, tengo la culpa de todo lo que sucede.

—¿Voy a pasar por el único cobarde, después de haber adivinado la clave? —rió Stuart.

En medio de un completo silencio, Parks se dispuso a hacer girar la rueda de la combinación de cierre. Pero antes de que pudiera dar siquiera un cuarto de vuelta, se oyó una voz que resonaba sobre sus cabezas, con atronador trompeteo:

—¡Será mejor que dejen ese maletín, si no quieren volar en mil pedazos!

* * *

Una sombra se proyectó sobre los asombrados componentes del grupo. Laura alzó la cabeza y lanzó un gemido de horror.

La nave flotaba en el aire, a pocos metros sobre la cúspide dé la montaña de roca. Stuart maldijo entre dientes.

—Pero cómo han podido llegar sin que los viésemos? —exclamó

Melissa.

—Es bien sencillo. Volaron muy alto y luego descendieron verticalmente. A ninguno de nosotros se nos ocurrió mirar sobre nuestro cénit —explicó el joven.

A través del altavoz, se oyó una fuerte risotada.

—Eso es exactamente, lo que hemos hecho —dijo el mismo individuo que había hablado antes.

—¡Hunkvora! —exclamó Stuart.

—En efecto, soy yo. ¡Abran la escotilla ventral, muchachos!

La nave era, evidentemente, un bote salvavidas, pero Stuart apreció, por su matrícula, que no pertenecía a la astronave de Zena Moore. Se preguntó dónde estaría la mujer, aunque era un asunto de poca importancia en aquellos momentos.

A través de la escotilla ventral se hizo visible un cable, con un estribo, que servía para que Hunkvora pudiera sostenerse con un pie y las manos asidas al cable. Mientras descendía, dijo:

—Tengan cuidado. Mis muchachos han recibido órdenes muy concretas sobre ustedes.

Instantes después, Hunkvora ponía el pie en la roca. Súbitamente, Parks saltó hacia el cable, lo asió con ambas manos y dio un fenomenal tirón.

Arriba, en la nave, sonaron algunos gritos. Parks volvió a tirar.

El bote se desequilibró. Stuart comprendió las intenciones de su ayudante y saltó también hacia el cable. Los esfuerzos conjuntos de los dos hombres hicieron que el bote espacial se ladease con gran violencia.

—¡Dejen eso! —aulló Hunkvora, a la vez que echaba mano a una pistola que llevaba al cinto.

Laura se arrojó sobre él y le pegó un fortísimo empellón con ambas manos, haciéndole caer al suelo. La pistola saltó de la mano de su dueño y Melissa se apoderó del arma, antes de que Hunkvora tuviese tiempo de reaccionar.

En la nave, los esfuerzos del piloto resultaban ya inútiles. El aparato, desequilibrado por completo, acabó por volcar, tocando

contra la roca a escasos metros del maletín. Stuart y Parks tuvieron que saltar a un lado para evitar ser aplastados por aquella enorme mole de acero.

El bote espacial dio la vuelta completa. Luego empezó a rodar por la pendiente en curva convexa, cada vez con mayor rapidez, hasta llegar al pie de la montaña, en donde quedó completamente inmóvil.

Stuart lanzó una mirada hacia el aparato. A bordo no podía quedar nadie con vida, después de una caída de más de quinientos metros, volteando sin cesar.

Respirando aliviado, dio una fuerte palmada en el hombro de su ayudante.

—Has estado magnífico, Donald —elogió.

Luego se encaró con Hunkvora, quien seguía en el suelo, aunque apoyado en un codo. En el rostro del sujeto había una expresión de furia infinita.

Pero no se atrevía a moverse. Melissa le encañonaba con su propia pistola y bastaba mirarla a la cara para saber que dispararía sin vacilar, a poco que Hunkvora le diese ocasión para ello.

—Este miserable provocó el accidente que causó la muerte de mi padre y mi esposo.

Stuart se acercó a ella y le quitó suavemente la pistola.

—Ya no puede hacernos nada —dijo—. Permíteme que yo me encargue de él.

—Sí, será lo mejor —convino Melissa.

—Vamos Harald, levántese —ordenó el joven.

Hunkvora obedeció torpemente. Stuart se dijo que aquel hombre podría ser ciego, pero el odio que sentía brotaba a través de aquellos extraños anteojos que cubrían sus cuencas oculares.

—No he venido solo —dijo Hunkvora, roncamente—. Tengo otra nave y más hombres… y Vratt también está aquí.

Stuart sonrió desdeñosamente.

—Temo que no se ha dado cuenta de cuál es su actual situación —contestó. De pronto, sin dejar de vigilarlo, retrocedió unos pasos y murmuró algo al oído de Parks.

El ayudante asintió y corrió a colocarse los arneses de un propulsor individual, con el que descendió hasta la llanura. Las dos mujeres le contemplaban sumamente intrigadas.

Al cabo de un buen rato, Parks regresó con una cajita en las manos.

—Tú tenías razón, Jubal —sonrió—. He encontrado un magnetófono y cintas de repuesto.

—Sí, estos magnates de la industria viajan corrientemente con uno de esos cacharros. Siempre están dictando órdenes, instrucciones... No descansan jamás en su afán de amontonar dinero.

—Y poder —añadió Laura.

—Y poder —convino el joven—. Donald, ¿quieres sostener la pistola un momento?

—Con mucho gusto.

Súbitamente Stuart saltó hacia el desprevenido Hunkvora. Antes de que el sujeto pudiera darse cuenta de sus intenciones, Stuart le arrebató los anteojos, retirándose a continuación a unos pasos de distancia.

Hunkvora lanzó un rugido de rabia. Laura volvió la cabeza, para no ver aquellas cuencas vacías, de tan poco agradable aspecto.

—¡Deme los anteojos! —bramó Hunkvora, a la vez que extendía los brazos, como si quisiera buscar a tientas al hombre que se los había arrebatado.

—No se los devolveré —contestó Stuart—. Y le aconsejo que no dé un solo paso más; podría acabar rodando como su bote espacial. Harald, usted perdió la vista hace años, cuando una amante desdeñada le arrojó ácido a los ojos. Hoy día, sin embargo, y a menos que uno sea ciego de nacimiento, se puede volver a ver, aunque se carezca de ojos. Estas lentes, conectadas por finísimos terminales a ciertos nervios, enlazados con el nervio óptico, producen en el cerebro las mismas imágenes que produciría un ojo normal. Incluso no necesita siquiera lentes para leer; los anteojos son de acomodación óptica automática. Pero sin ellos, usted está absolutamente indefenso.

—Deme los anteojos, por favor —suplicó Hunkvora, ahora mucho más amansado.

Stuart puso algo en sus manos.

—¡Es el magnetófono! —protestó el individuo.

—Sí. Escuche, Harald; vamos a dejarle abandonado aquí. Usted, si quiere recobrar la vista, tendrá que dictar una confesión completa de todo lo que ha hecho, agregando una renuncia formal a cualquier derecho que pueda tener o crea que puede tener sobre Edén II. Dirá también que su intención, y la de su socio, por supuesto, era la de reclamar el gemelo de Edén II, conocido por el nombre de Krohnor. Además, admitirá por adelantado una reclamación por daños y perjuicios que le formulará la señora Vanroot y que sus abogados estudiarán en su momento. Finalmente, retirará todos los poderes concedidos a Rick Bixby, a quien considerará despedido desde este mismo instante.

—No puedo hacer eso…

Stuart hizo una seña con la mano. Parks se puso los atalajes del propulsor individual. A continuación, cogió en brazos a Melissa y se elevó a unos metros del suelo.

Hunkvora no se atrevía a moverse. Tranquilamente, Stuart hizo lo mismo que su ayudante. Laura se dejó llevar de idéntica forma que Melissa.

—Ahí se queda, Harald —exclamó Stuart, desde unos diez metros de altura—. Con mucho optimismo, puede que consiga descender a la llanura. Pero, qué hará, solo, perdido en estos parajes que le resultan absolutamente desconocidos?

Hunkvora dio un par de pasos vacilantes. De pronto, tropezó con una saliente rocoso y cayó de bruces al suelo.

Un chillido de terror escapó de su garganta.

—¡Vuelvan! ¡Vuelvan! ¡Lo diré todo! Haré lo que me pidan… pero devuélvanme los anteojos.

Stuart sonrió.

—Tiene el magnetófono a su derecha, a menos de un metro —indicó—. Haga la declaración que le he pedido. Cuando esté listo, comprobaremos si ha quedado a nuestro gusto. Entonces, le devolveré el aparato.

Hunkvora lanzó un par de maldiciones, pero acabó resignándose a lo inevitable. Un cuarto de hora más tarde, se sentó en el suelo, completamente abatido.

Stuart descendió y se apoderó del magnetófono, que quedó en manos de Laura.

—Los anteojos están junto a usted, a la izquierda —señaló.

Hunkvora se los puso. Entonces, pudo ver a las dos parejas flotando en el aire, a unos veinte metros de distancia.

—¡Pero no pueden dejarme aquí! ¡Tienen que bajarme a la llanura! —clamó desesperadamente.

—Harald, lo que pase de aquí en adelante es cosa suya. Yo sólo prometí devolverle los anteojos y ya los tiene —replicó Stuart—. Vámonos, Donald.

Melissa llevaba el maletín, sostenida, a su vez, por los recios brazos de Parks. Momentos más tarde, los dos propulsores individuales partían a toda velocidad en dirección al campamento.

Stuart volvió la cabeza poco después. Una figurilla se movía patéticamente por la ladera de la montaña.

—Un día, tal vez alguien diga que obré cruelmente con un pobre ciego —murmuró—. Pero después de lo que ese hombre ha hecho, dejarle con vida es mucho más de lo que se merecía.

Laura asintió.

—No tiene nada de qué reprocharse, Jubal —aseguró.

CAPÍTULO XII

Parks, arrodillado en el suelo, volvió a echarse aliento en las yemas de los dedos.

—De modo que la clave es…

—Uno, Dos, Veinte, o sea Dos Cero, Nueve, Cuatro, Cinco —recitó Stuart—. En resumen, un máximo de siete cifras.

—¿Qué pasaría si no se abriese el maletín? —preguntó Laura.

—Nada, mientras no se marcase la cifra octava. Pero si lo hiciera, se produciría la explosión o el incendio, según lo que hubiera elegido su padre.

Chasquearon levemente los engranajes de la combinación. Al terminar de marcar las siete cifras, Parks apoyó la mano en la única presilla de cierre.

El maletín permaneció cerrado.

—Esto no funciona —dijo.

—Jubal, ¿estás seguro de que has dado con la combinación exacta? —preguntó Melissa.

—Hombre… ha sido una idea, una inspiración, como quieras llamarlo —rezongó Stuart de mal humor—. De un modo absolutamente exacto, no lo sé. Simplemente, se me ocurrió al relacionar las siete letras de la palabra ábside con el máximo de siete cifras que pueden formar la clave de apertura.

—A mí, en cambio, se me ocurre otra idea —dijo Laura—. Mi padre indicó en el dorso de la fotografía que buscara en el ábside. Pero él no podía querer que yo sufriese ningún daño. Por tanto, es muy posible que no haya ninguna bomba ahí dentro.

—Es posible, en efecto —convino Stuart—, pero no tenemos la completa seguridad de que no haya ningún mecanismo infernal. También puede suceder que su padre hubiese dejado otra indicación con la clave en algún sitio y que no haya sabido encontrarla o que no haya llegado a sus manos. Ni siquiera se nos ocurrió pensar si tenía alguna caja fuerte alquilada en un Banco.

Laura se dio una palmada en la cara.

—¡Tonta de mí! —exclamó—. Sí, él tenía una caja de alquiler en un Banco…

—La Tierra está muy lejos —dijo Parks—. Podemos esperar, pero ¿y si no hay nada en esa caja fuerte?

—A mí, en cambio, se me ha ocurrido otra idea —dijo Melissa—. La clave numérica no funciona, si las cifras se marcan siguiendo el orden que las letras de la palabra ábside ocupan en la escritura. ¿Ha probado alguien a marcarlas al revés?

—¡Rayos! —exclamó Parks.

—Creo que Melissa tiene razón —dijo Stuart, pensativamente—. Bien, Donald, empieza ahora a marcar... Cinco, Cuatro, Nueve, Cero, Dos, Dos, Uno.

Al terminar, Parks apoyó el pulgar en la presilla. Se oyó un chasquido y la tapa se abrió por sí sola.

—¡Ahí está! —gritó Laura.

Parks alargó la mano, pero Stuart le contuvo el gesto con un rápido ademán.

—Sí, había una bomba —dijo, mientras observaba pensativamente el infernal artefacto situado en uno de los lados del maletín—. Desconecta los cables que van al mecanismo de cierre.

Parks los arrancó con dos tirones. Luego, Stuart alargó ambas manos y extrajo un pesado libraco, cuyo rótulo, en la cubierta, indicaba sobradamente cuál era su objetivo.

—El registro —dijo.

—No entiendo —murmuró Laura, sumamente avergonzada—. ¿Por qué tuvo que esconderlo aquí mi padre?

—A mí se me ocurre una hipótesis —contestó Stuart—. Posiblemente, ya en aquel tiempo, alguien empezó a presionar sobre él. Brown no supo o no pudo negarse por completo y trató de engañar a... bueno, a quien fuera, al mismo tiempo que lo complacía, fingiendo haber arrancando la página correspondiente a la inscripción del planeta. Demos por sentado que fuese Bixby, en representación de Hunkvora y Vratt. A Bixby no se le ocurrió contar las páginas; simplemente, vio que faltaba la que a él le interesaba y que no se notaba en absoluto que había sido arrancada.

»Es lógico que no se notase, porque el libro era nuevo, el mismo que éste, pero distinto. Su padre, Laura, copió éste, que tenemos en las manos, página a página, pero en el que hemos examinado en la Tierra, omitió la página en la que figura la inscripción del planeta. Cuando hubo terminado la labor, lo trajo aquí, lo escondió...

Melissa entornó los ojos.

—Jubal, eso pasó hace cuatro años —dijo—. ¿Por qué tardaron tanto tiempo en entablar el pleito?

—Hace cuatro años, vivían tu padre y tu esposo. Era preciso que desaparecieran —respondió Stuart.

—Sí —dijo Melissa con voz opaca—. Y también era preciso dejar pasar un tiempo prudencial, a fin de que una reclamación demasiado temprana, pudiera levantar sospechas.

—Sí, pero mi padre murió. Si ellos sabían que la trampa estaba hecha, pero desconocían que aquél no era el libro original, ¿por qué lo asesinaron?

—Había llegado ya el momento de actuar. La demanda estaba presentada ante los tribunales. Su padre, Laura, podía resultar un elemento comprometedor. Había dicho que la página estaba arrancada, aunque no era cierto; pero a ellos no les convenía que pudiera repetirlo algún día delante del UTA.

—Esa es la razón y no otra —agregó Parks.

Stuart abrió el libro. Sobre la primera página, encontró una cuartilla escrita a mano.

Estaba dirigida a Laura y se la entregó. Ella leyó el mensaje con lágrimas en los ojos. Al terminar, Stuart pasó el papel a Melissa.

—Brown dice que lo hizo porque tu padre, hace muchos años, se portó bien con él y le sacó de un grave apuro. Laura debía pagarte ese favor, si él no podía hacerlo en persona, devolviéndote el libro.

Melissa asintió, con ojos también húmedos.

—Hablaremos más extensamente, cuando estemos en casa —dijo.

De repente, Parks lanzó una exclamación:

—¡Eh! ¡Mirad, ahí va Hunkvora!

* * *

Después de haber estado en la montaña, habían regresado al campamento, en donde pensaban pasar la noche, ya que la hora estaba bastante avanzada. Sin embargo, todavía quedaba la suficiente luz para ver la menuda figura que se movía con paso rápido a través de la llanura.

—Debe de estar echando pestes —dijo Parks divertidamente.

—Pero camina muy seguro de sí mismo —manifestó Stuart—. Tengo la impresión de que conoce el camino o, por lo menos, la dirección que debe seguir para llegar a su nave.

—Lo cual me preocupa bastante, porque se pondrá en contacto con Zena y ésta puede venir aquí —dijo Laura.

—Sospecho que está llegando ya —exclamó Stuart.

Tenía la mano extendida y señalaba un punto brillante en el cielo. Hunkvora lo vio también y detuvo su marcha.

—Cuidado, que no nos vean —dijo Parks a media voz.

Stuart quedó en la entrada de la grieta. La nave resultó ser uno de los botes espaciales de Zena Moore. Hunkvora agitó los brazos aparatosamente, a fin de llamar la atención del piloto.

El bote se detuvo a cincuenta metros del suelo. Súbitamente, se abrió una escotilla.

Dos cuerpos humanos fueron lanzados al espacio. Se oyeron unos chillidos aterradores. Hunkvora tuvo que saltar a un lado, para evitar ser alcanzado por uno de aquellos proyectiles de carne y hueso.

Entonces, Hunkvora se dio cuenta de la suerte que le aguardaba y trató de escapar. Una raya de brillante color blanco partió del morro del aparato. Al tocar el suelo, junto a los pies de Hunkvora, se convirtió en un vivísimo relámpago, que destacó cegadoramente en el ambiente crepuscular.

El cuerpo de Hunkvora fue lanzado a varios metros de altura. Luego cayó al suelo y ya no se movió más. El trueno de la explosión llegó instantes después a la grieta.

Entonces, el bote viró en ángulo de cuarenta y cinco grados y se dirigió rectamente hacia el campamento.

—Cuidado, vienen aquí —exclamó Stuart.

Las mujeres corrieron a refugiarse bajo la marquesina. Stuart cerró los puños, con un gesto de rabia impotente. Por mucho que hicieran, acabarían sucumbiendo a las explosiones de los cohetes de que disponía la nave.

De pronto, se oyó una voz que. sonaba a través de un megáfono:

—¡Jubal! Sé que estáis ahí. No tengo ningún interés en haceros el menor daño. Lo único que me interesa es cierto libro que habéis encontrado. Si lo entregas, respetaré vuestras vidas.

* * *

Stuart salió al terreno descubierto, mientras la nave descendía lentamente, hasta tomar tierra a veinte metros de la entrada de la grieta. Casi en el acto, se abrió la escotilla y Zena Moore saltó fuera del aparato, orgullosa, desafiante, con una sonrisa de triunfo en sus rojos labios.

La mujer vestía un traje de una sola pieza, muy ceñido a su espléndida anatomía, botas altas y llevaba un ancho cinturón, del que pendía una pistola. Tras ella se divisaba la imagen del piloto, sentado en su puesto.

—Celebro tu sensatez, Jubal —dijo Zena—. Por favor, si tienes armas, échalas fuera, que yo las vea.

—¿Cumplirás tu palabra? —preguntó él.

Zena alzó el brazo derecho solemnemente.

—Respetaré vuestras vidas —contestó—. Pero quiero el libro.

—¿Cómo sabes...?

Ella le guiñó un ojo.

—He pensado mucho en este asunto —respondió—. Bill Brown no hizo un viaje a Edén II por simple capricho. Mientras volábamos hacia aquí, envié un espaciograma a mi agencia. Uno de mis empleados investigó detenidamente y llegó a la conclusión de que había una página de menos en el libro de registro... quiero decir, las páginas estaban completas. Lo que había de menos era una anotación de propiedad. Entonces, comprendí que el libro de la Tierra era una simple copia y que el original, tenía que estar aquí a la fuerza.

—Mucho has tardado en llegar a esta conclusión —dijo Stuart.

—Bueno, hasta hoy mismo no he recibido la respuesta a mi mensaje. Entonces, comprendí por qué merodeabais por estos parajes.

—Y viniste…

—Hunkvora me llamó por radio. Su bote estaba inutilizado, pero la radio de emergencia funcionaba. Entonces supe lo que había ocurrido.

—Y lo quitaste de en medio.

Zena sonrió cínicamente.

—He llegado a la conclusión de que Edén II es mucho más interesante que una agencia como la que tengo —contestó—. A propósito, necesito también la confesión de Hunkvora.

Stuart lanzó el magnetófono, que cayó al suelo, junto a las pistolas.

—Ahora el libro —pidió Zena.

—Lo destruirás, supongo.

—Sí, pero quiero cerciorarme de que existe la página que tanto nos interesaba a todo el mundo. —Zena meneó la cabeza—. Jubal, es una lástima —suspiró—. Juntos, tú y yo…

—Sabes que eso es imposible.

—Hace algunos años, no lo parecía, Jubal.

—Aprendí a conocerte entonces. Me gustan las mujeres ambiciosas, pero sólo moderadamente y nunca cuando tratan de conseguir sus proyectos a cualquier precio.

Ella se encogió de hombros.

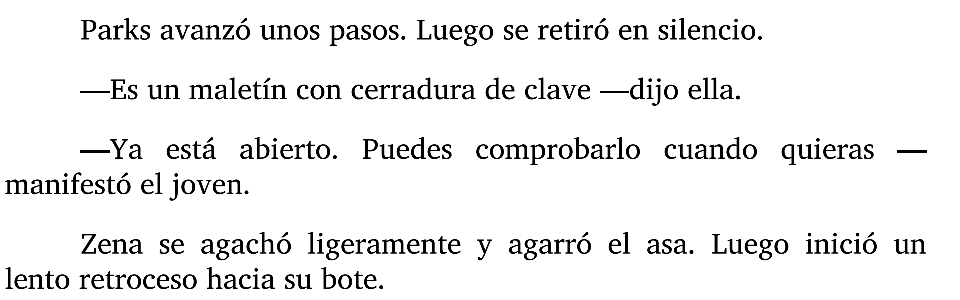
—La vida me ha hecho así —contestó fríamente.

Stuart movió una mano.

—Donald, el maletín —pidió.

Parks apareció en la entrada de la grieta.

—Déjalo ahí —ordenó Zena.



Parks avanzó unos pasos. Luego se retiró en silencio.

—Es un maletín con cerradura de clave —dijo ella.

—Ya está abierto. Puedes comprobarlo cuando quieras —manifestó el joven.

Zena se agachó ligeramente y agarró el asa. Luego inició un lento retroceso hacia su bote.

—Sospecho que no vamos a vernos más —sonrió.

Instantes después, entraba en el bote, que se elevó en el acto.

—Hemos de escondernos —dijo Stuart—. Ahora empezará a disparar cohetes.

—No te preocupes, Jubal —sonrió Parks.

Súbitamente, cuando el bote se hallaba a unos ciento cincuenta metros de distancia, se produjo una tremenda explosión.

El aparato se abrió en dos mitades. Los cuerpos de sus ocupantes, terriblemente destrozados, cayeron al suelo.

Stuart se volvió hacia su ayudante.

—Tú sabías...

Parks asintió.

—Lo primero de todo, no podía consentir que se llevase el libro, por lo que puse una piedra plana, de un peso aproximado, pero conectando la bomba, ahora a la presilla —declaró—. Pero Zena no obraba sinceramente. Basta con recordar que nos pidió las pistolas, aunque no los propulsores individuales. Si hubiese querido respetarnos la vida, nos habría abandonado aquí, a quinientos kilómetros del lago.

—Eso es muy cierto —convino Stuart.

—Por último, no podía abrir el maletín aquí, porque hubiera desviado la vista y ella sabía que no podía permitírselo. Tenía que hacerlo en el aparato, ya en seguridad.

—Y no disparó antes los cohetes, por cerciorarse de que el libro estaba en el maletín. Si no hubiera sido por la bomba, habría vuelto a bajar y...

—Exactamente —corroboró Parks, con amplia sonrisa.

Laura y Melissa llegaron en aquel momento. El libro estaba en las manos de la muchacha, quien intentó entregárselo a Melissa.

—Quédatelo —dijo—. Tienes que devolverlo a la Tierra.

—Sí, arreglaremos allí el asunto —convino Stuart.

—Luego regresaréis aquí, supongo —sonrió Melissa—. No olvides la recompensa que te prometí.

Stuart hizo un gesto afirmativo.

—Ya tengo ganas de conocer el Wonder Valley —manifestó.

—Podríamos ir mañana —sugirió Laura.

Stuart paseó la mirada por la llanura.

—Antes tenemos que hacer algo poco agradable —comentó—. Ven, Donald.

Bixby y Vratt figuraban entre los muertos. Cuando los llevaban al lugar donde debían descansar eternamente, Stuart pensó que Zena no había sido capaz de imaginarse que su cuerpo reposaría junto al de sus víctimas. Un día, se dijo, regresarían para cavar una sepultura en regla.

Y la paz volvería de nuevo a Edén II.

* * *

Desde lo alto de una elevada montaña, contemplaron el fantástico espectáculo que ofrecía el Wonder Valley, cubierto de verdor por todas partes y con un anchuroso río que pasaba por su centro. Los arroyos bajaban de las montañas, formando algunos de ellos cascadas de singular belleza. El horizonte quedaba velado por una tenue neblina, que aumentaba más el atractivo del paisaje.

—Hay animales muy útiles y pesca en abundancia —dijo Melissa —. Pero si te interesa quedarte a vivir aquí, puedes traer animales domésticos terrestres. Se aclimatarán sin dificultad, créeme.

—El asunto se presenta prometedor, pero… vivir aquí solo…

Melissa sonrió maliciosamente.

—Quizá Laura tenga algo que decir al respecto —manifestó.

La muchacha se puso colorada.

—Es él quien tiene que decírmelo —repuso.

La mano de Melissa se apoderó de la de Parks.

—Ven, Donald —dijo—. Les conviene quedarse solos.

Stuart miró sonriente a la pareja que se alejaba.

—Sospecho que voy a perder a mi ayudante —dijo—. Aunque creo que ganaré algo mucho más valioso.

Volvió los ojos hacia la muchacha. Ella sonreía hechiceramente.

—¿Puedo decir que voy a ganar una esposa? —agregó Stuart—. Es decir, si te gusta vivir aquí...

Laura avanzó hacia él.

—¿Qué es lo que debe hacer un hombre, cuando pide a una chica en matrimonio? —preguntó.

Stuart hizo un gesto afirmativo. Luego abrazó a Laura. Buscó sus labios. Al cabo de un minuto largo, ella pronunció un simple monosílabo:

—Sí.

F I N